



EDICIONES CASTILLO

Elena Garro

**Busca mi esquila
Primer amor**

BUSCA MI ESQUELA

La jovencita corrió calle abajo sin importarle la lluvia ni la soledad de la noche. En su huida, olvidó cerrar las rejas de su casa. Sus zapatos sonaron sobre el asfalto golpeando la noche lluviosa. Dio vuelta a la esquina, aminoró la carrera, miró las copas de los árboles dobladas por el viento, se abotonó la gabardina y siguió andando. Iba derecha, como si llevara un rumbo preciso aunque en realidad no llevaba ninguno. No tenía miedo. Las calles, solitarias a esa hora, sólo ofrecían árboles graciosos mecidos por la lluvia y prados de crisantemos húmedos que iluminaban las sombras como minúsculos soles apagados. No había nadie, sólo ella andando de prisa en las aceras angostas y resbaladizas... Caminó largo rato absorta, haciendo esfuerzos para no llorar, era mejor mirar la lluvia que le bañaba el rostro y los cabellos. “El que ama la lluvia ama la poesía”, le había dicho una tarde un jardinero japonés; recordó sus cejas separadas y sus ojos dibujados como las alas de una golondrina, y porque estaba absolutamente prohibido, decidió robar de los prados y de los jardines un gran ramo de crisantemos; iba a hacerlo cuando vio debajo de un roble joven a un hombre en mangas de camisa que la observaba. Lo descubrió a unos cuantos pasos de distancia, vio sus ojos oscuros, brillantes, de indio, y supo que al pasar cerca de él, el hombre saltaría sobre ella. El miedo la hizo aparecer tranquila; siguió avanzando, pasó junto al árbol y miró al hombre en mangas de camisa que a su vez no le quitó la vista de encima. Había olvidado su deseo de robar crisantemos. Supo que cuando le diera la espalda, el desconocido se lanzaría en su persecución. Caminó erguida, consciente de la soledad de la calle y de la inutilidad de pedir auxilio. Las ventanas detrás de los jardines estaban apagadas. Apenas hubo avanzado unos cuantos pasos cuando sintió que el hombre abandonaba su refugio y caminaba detrás de ella. Lo imaginó tranquilo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y siguiéndola con la seguridad de darle alcance en el momento que quisiera. Torció en la primera esquina con la esperanza de perderlo y apresuró la marcha. Su corazón hacía tal barullo que le impedía escuchar el rumbo que tomaría el desconocido. A los pocos instantes, los pasos del hombre doblaron la esquina. La joven al oírlos apresuró aún más su marcha y los pasos del hombre aceleraron su ritmo. La calle se llenó de pasos precipitados. La chica dobló por la calle siguiente y echó a correr con la boca abierta, ahogada por el viento y la lluvia. Su carrera partía la noche como una ametralladora. Detrás de ella la carrera del hombre aplastaba el asfalto. La muchacha desconoció la calle oscura, sembrada de faroles altos y separados que iluminaban las sombras con reflejos violetas: la calle era larga y ligeramente curva, de un lado había casas bajas, y del otro se diría que un pequeño bosque allí terminaba. Le pareció que había entrado a un lugar propicio para el crimen.

A lo lejos, un poco detrás de la curva de la calle, semiocultas por las copas de los árboles y los desniveles del terreno, se alzaban, como en los cuentos que leía de niña, las ventanas iluminadas de una casa pequeña defendida por unas rejas oscuras del siglo XIX. Corrió hacia ella, la detuvo un instante un súbito estrépito de luces y silbatazos, y vio que lentamente

bajaban las barreras del paso del tren. Ella alcanzó a atravesarlas y sin dudarle, cruzó las vías del tren que se aproximaba y se lanzó a las rejas de la casa.

— ¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Abran!... ¡Abran!... — gritó asida a los barrotes de hierro negro. El tren apareció a sus espaldas, inocente en su estrépito de lo que sucedía. El hombre en mangas de camisa quedó detrás de la vía, los vagones de carga lo ocultaban, pero era cosa de minutos, la larga fila de vagones rojizos terminaría pronto y de la casa nadie acudía a sus gritos de auxilio.

Se volvió desesperada y se encontró junto a un automóvil que esperaba el paso del tren. Sin dudarle abandonó las rejas, llegó junto al automóvil, abrió la portezuela y entró al lado del chofer que la miró atónito.

— ¡Auxilio! — gritó la muchacha abrazándose al cuello del hombre.

Miguel, asombrado, trató de librarse del abrazo.

— ¿Qué pasa?

La joven escondió la cabeza en su hombro y se cogió de su brazo.

— Me quiere matar.

— ¿Quién?...

La joven levantó la cabeza y se volvió a mirar al tren que en ese momento acababa de desaparecer. Detrás del último vagón apareció la calle silenciosa.

— ¡Ése! — gritó la jovencita señalando un punto del otro lado de las vías.

En el lugar señalado por ella no había nadie. El hombre en mangas de camisa había desaparecido y la calle curva y abandonada estaba sola. Miguel miró aquella soledad batida sólo por la lluvia, luego se volvió a mirar la casa de ventanas encendidas y por último la miró a ella con desconfianza.

— ¡No hay nadie! — dijo con calma.

— ¡Está escondido, esperándome! — aseguró al darse cuenta de la desconfianza que despertaba en el desconocido.

— ¡Entre a su casa! — dijo éste con calma.

— ¡No quiero! ¡Lléveme lejos de aquí! Va a venir a matarnos por la espalda.

— ¿Quién? — preguntó exasperado.

— ¡Él!

— Escucha, pequeña. Cálmate — contestó Miguel haciendo el gesto de bajar del automóvil.

La joven se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

— Por favor... vámonos — suplicó sin soltarlo.

Miguel la miró con curiosidad y la encontró bonita con sus cabellos rubios empapados por la lluvia. Se dio cuenta de que bajo la gabardina sólo llevaba un camisón de dormir muy corto. Tuvo la impresión de que estaba loca o quizás drogada.

— Vámonos... — lloró la chica.

Miguel obedeció la orden y echó a andar el automóvil. La joven se tranquilizó inmediatamente y se replegó en el asiento sin decir una sola palabra.

— ¿Por qué te escapaste? — preguntó él conciliador y tratando de poner una mano sobre la rodilla desnuda de la muchacha.

La joven, al ver su actitud amistosa, se retiró aún más al fondo del asiento y replegó las piernas. ¿Por qué aquel desconocido se sentía autorizado a tocarle las rodillas? Miró atenta la noche lluviosa a través del parabrisas y no contestó. Miguel observó con recelo los ojos y la actitud hostil de la muchacha. “¿Qué se propone?... ¿Enredarme en un lío extraño?”, se dijo preocupado. Del fondo de la noche, surgió melancólica la figura de un gendarme que hacía la ronda de la zona.

— Vamos a la policía para que aclare este misterio — anunció Miguel con voz natural y observándola de reojo.

La joven pareció asustarse, pero optó por guardar silencio mientras él encaminaba el auto hacia el gendarme. La chica bajó los ojos rencorosa y Miguel detuvo el auto. El gendarme se acercó con cortesía, le gustaba que alguien le dirigiera la palabra en sus rondas solitarias. También él tenía miedo girando siempre en su bicicleta a la espera del asesino que podía caerle por la espalda.

— ¿Pasa algo, señor? — preguntó.

Miguel miró los ojos amables del gendarme y echó una ojeada rápida sobre la joven que sumisa había bajado la cabeza; dudó unos instantes; su compañera inesperada le pareció muy indefensa.

— Andamos perdidos... — y preguntó por una calle cualquiera.

El gendarme se perdió en explicaciones que ni Miguel ni su acompañante escucharon, pero él continuaba hablando para prolongar la agradable compañía.

— Gracias, muchas gracias.

El policía siguió su marcha y ellos se alejaron de prisa abandonándolo en su ronda solitaria. Corrieron al azar sin dirigirse la palabra, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

— Es usted muy bueno — dijo ella con humildad.

— No, no soy bueno.

El automóvil enfiló al Paseo de la Reforma, pasó junto a la Fuente de Petróleos y continuó hacia el centro de la ciudad.

– Aquí puedo bajarme, hay mucha luz...

Miguel la miró con disgusto: ahora él no quería que la muchacha se bajara del auto. Hizo como si no la hubiera escuchado, pero la muchacha insistió en bajarse, cerca de San Juan de Letrán.

– ¿A dónde te llevo? – preguntó él decidido.

– No lo sé... es la primera vez que no sé a donde ir – contestó ella.

– ¿Y tu casa? – preguntó él con aire severo.

La chica hizo chasquear los dedos, lo miró de frente y dijo con simpleza:

– ¡Se esfumó!

Miguel detuvo el automóvil para observar a su compañera. Examinó sus piernas desnudas, sus pies metidos en unos mocasines viejos y sus manos gravemente cruzadas sobre su gabardina abotonada. Estaba decidida a no escucharlo. Adoptaba una actitud de dignidad y compostura obstinadas. Su perfil estaba cerrado a cualquier discusión y algunas mechas le caían sobre la frente. Había sucedido algo cuando la joven dormía, algo que la había despertado y la había hecho huir. Trató de leer en su rostro serio el origen de su huida y de su actitud seria. Optó por sonreír y le pasó una mano sobre los cabellos húmedos de lluvia.

– ¿Un disgusto?

La joven movió la cabeza y con los dedos se limpió con ira unas lágrimas que corrieron por su rostro.

– Una muerte – contestó iracunda.

– ¿Una muerte? – preguntó él alarmado, tomándole el rostro y obligándola a mirarle.

– Sí, la mía – dijo ella con voz segura.

Las palabras de la joven le parecieron terribles y no supo qué contestar. Permaneció pensativo y silencioso. ¿Acaso alguien había tratado de matarla?

– ¿Le parece raro? – le preguntó ella con naturalidad.

– No...

¿Por qué mintió, si la verdad era que no sólo la joven sino la situación le parecían extrañas? Tal vez para provocar las confidencias de su extravagante compañera. La miró preocupado y, por hacer algo, sacó su pañuelo y enjugó el surco húmedo dejado por las lágrimas recientes de la chica.

– ¿Qué hago contigo? – le preguntó con sinceridad.

– Llévame a tomar un café. Tengo frío.

La chica, sin dudar, subió las piernas sobre el asiento y recostó la cabeza sobre las piernas de Miguel.

– Así nadie me ve y en cambio yo veo viajar las copas de los árboles – dijo tranquila.

– Pero... – “No puedo manejar así” iba a decir Miguel, y bajó los ojos para encontrarse con la cara confiada de la desconocida. La oyó decir:

– Así no tengo miedo.

Miguel no protestó. Una emoción extraña se apoderó de su corazón y aminoró la velocidad del auto para volver a mirarla.

– Pareces una ahogada... muy bonita – le dijo en voz baja.

La chica cerró los ojos, luego los abrió y lo miró desde abajo.

– Es verdad... ya no soy de este mundo. No valía la pena vivirlo... – contestó la joven observando el parabrisas azotado por la lluvia. En el cristal se abrían arroyuelos que se entrecruzaban formando un sistema de canales veloces que corrían vertiginosamente.

– Tampoco tú eres de este mundo, los dos estamos en el fondo de un río – agregó la chica levantando una mano para hacer un cariño en la de Miguel apoyada en el volante.

El hombre guardó silencio y prefirió no mirarla, recostada sobre sus piernas, con los ojos abiertos a la lluvia y a mundos ajenos a él que se abrían paso entre las ráfagas de agua que envolvían al automóvil.

– No sabía que iba a ahogarme con alguien tan bueno como tú – dijo la chica besándose la punta de los dedos y llevándolos a los de él para transmitir el beso.

Miguel se empeñó en guardar silencio, no llevaba prisa. ¿A dónde iba? Hechizado por la situación inesperada se dejaba llevar por cualquier calle; bajó los ojos y contempló a la joven que apoyaba su cabeza sobre sus piernas. Iba tranquila, como si siempre hubiera viajado apoyada en él, y Miguel tuvo un sobresalto. La chica le era tan familiar que le pareció increíble que hiciera apenas unos minutos que la había encontrado. Volvió a mirarla preocupado:

– ¿Sabes? Yo te conozco...

Ella le devolvió una mirada tranquila.

– También yo.

Miguel detuvo el automóvil, se inclinó sobre el volante y permaneció en silencio buscando arduamente en su memoria en dónde había conocido a la chica. Se volvió con seriedad a la joven:

– ¿Dónde nos vimos?

– Antes de venir al mundo, por eso lo dejamos ahora juntos.

Pensativo, jugó con los cabellos de la joven colocados en desorden sobre el casimir de su pantalón.

— ¿Y en el mundo nunca nos vimos?

— ¡Nunca! — contestó la muchacha cerrando los ojos convencida de lo que decía.

— Es muy triste.

Miguel le acarició los párpados, tiernos y jugosos como pétalos de camelia.

— ¿Llevaste una vida triste? — preguntó ella dejándose acariciar.

— Nostálgica... te buscaba. Tuve todo, menos a ti. ¿Y tú?

— Yo tengo esta noche.

Miguel la enderezó y la apretó contra su pecho. Afuera la lluvia continuaba golpeando los cristales del automóvil.

— ¡Estás helada!

Volvió a colocarla sobre sus piernas como antes y puso en marcha el auto en busca de un café. “Para mi hermosa ahogada” se dijo sin mirarla. Se detuvo frente a un café en las Lomas. Observó a la muchacha y tuvo la impresión de que el mundo se había vuelto irreal.

— Vamos a tomar ese café — ordenó con suavidad.

— No puedo bajar... me da miedo que alguien me vea... sería terrible — contestó ella.

La vio deslizarse de sus piernas y ocultarse en el fondo del coche, acurrucada en el suelo.

— Tráeme tú el café — le pidió ella en voz baja.

No le asombró su súplica. Sin proponérselo se iba acostumbrando a sus excentricidades; debía tener algún problema poderoso. Entró solo al lugar y después de unos minutos volvió con la taza de café servida. La jovencita lo bebió a pequeños sorbos desde su escondite. Hubiera querido preguntarle por qué se ocultaba con tanto esmero, de qué tenía tanto miedo, pero ante la certeza de que la chica no le diría la verdad, prefirió no decir nada. Las luces de la calle apenas llegaban al rincón oscuro del auto en el que su amiga se escondía. Ella le devolvió la taza y él le acarició la cabeza.

— ¿Cómo era tu otra vida? — le preguntó.

La joven hizo un mohín y calló.

— ¿Prefieres ésta? — le dijo tímido.

La muchacha depositó un beso en la mano que le acariciaba los cabellos y permaneció quieta en el fondo del auto. Miguel entró al café, pagó la cuenta y volvió junto a ella; quería irse de allí inmediatamente. Salió sin rumbo, estaba desconcertado. Entendía vagamente que aquella no era una aventura banal y miraba preocupado de cuando en cuando a su pareja que

había vuelto a recostar su cabeza sobre sus piernas y tranquila miraba el cielo cruzado por ráfagas de lluvia.

Se encontró corriendo por los alrededores de Tacubaya. Detuvo el automóvil en una calle anodina: todos dormían a esa hora, nadie transitaba en la oscuridad, la noche se había vuelto solitaria y silenciosa.

– Ven, mi pequeña.

La tomó en brazos para besarla; a los pocos instantes una linterna sorda cayó sobre su abrazo. La chica se apartó aterrada y se cubrió el rostro con las manos. Un policía introdujo la cabeza.

– ¿Algún problema? – preguntó.

– No, agente...

– Circulen, circulen – ordenó el agente iluminando el interior del automóvil.

– Prohibido besarte en la calle – dijo Miguel riendo y echó a andar el automóvil.

– Prohibido amarme en este mundo – contestó la jovencita.

Dieron varias vueltas sin saber a dónde dirigirse; pasaron frente a moteles de paso anunciados por letreros pequeños. Miguel no se atrevió a proponerle entrar a uno de ellos: “sería ensuciar esta noche”, se dijo a sí mismo disgustado por su vulgaridad. Decidido enfiló hacia la carretera de Cuernavaca, desde allí contemplarían la ciudad. A través de la lluvia y las sombras en el fondo mismo del firmamento, empezaba a producirse un resplandor como una ligera veta verde que trataba de abrirse paso entre la tempestad oscura; también las casas viejas adquirirían perfiles nuevos.

– A estas horas los fantasmas empiezan a desaparecer – anunció sombría la joven.

Su acompañante se sobresaltó. La chica inclinó la cabeza. Ahora ya no iba recostada sobre sus piernas, estaba otra vez sentada, con las manos cruzadas sobre la gabardina y el perfil digno. Por primera vez. Miguel se dio cuenta de la juventud de la muchacha: a lo sumo tendría veintidós años, era casi una adolescente y él se sintió viejo a su lado. Observó sus maneras correctas que anunciaban una educación disciplinada, y escuchó su silencio.

– No vas a desaparecer. Yo quiero amarte, amarte siempre – afirmó.

– Debo irme, sólo fue un sueño.

Se hallaban en el balcón de la carretera; misteriosamente la lluvia había cesado y el aire estaba fresco, recién nacido. A sus pies la ciudad se extendía tomando tonalidades pálidas. Unos cohetes rasgaron el cielo del amanecer. Acodados en la barandilla de piedra, contemplaron los cohetes que subían al cielo con una fuerza extraña para deshacerse en luces anaranjadas que caían como una nueva lluvia de fuego sobre la ciudad. Una vieja nostalgia, un dolor inexplicable se apoderó de él y recordó su infancia y el viejo balcón de su cuarto de niño.

– Vámonos – dijo la chica.

Volvieron a la ciudad. Se encontraron otra vez en Tacubaya.

– Voy a buscar un taxi – dijo la chica con suavidad.

La mano de Miguel la detuvo en seco.

– ¿En dónde te veo? – preguntó casi sin verla.

– En el cielo, hoy, mañana, siempre...

Miguel la soltó para sacar apresurado una libreta de direcciones de la que arrancó una hoja para escribir su nombre y su teléfono.

– Llámame, te lo suplico – dijo tendiéndole el papel.

La chica guardó el papel en un bolsillo de su gabardina, miró a su amigo con extrañeza y se echó a correr. Miguel la siguió, gritando:

– Yo te llevo...

– ¡No!... es mejor que vaya sola...

Un taxi apareció en ese momento y ella corrió hacia él haciéndole señales con el brazo en alto. Miguel se detuvo en su carrera, estaba sorprendido, alcanzó a gritarle:

– ¿Cómo te llamas?

– Irene... – contestó ella antes de subir al taxi.

– Si no me llamas iré a buscarte – le gritó él con decisión.

La vio abordar el vehículo y éste se alejó rápidamente. El lugar quedó vacío como quedan los lugares en donde suceden los milagros: esperando que el suceso inesperado se repita a sabiendas de que el prodigio no sucederá nunca más... Miguel, anonadado, subió a su automóvil y recostó la cabeza sobre el volante, con la vista fija en el cielo cruzado de cohetes, tratando en vano de reconstruir su pasado y recordar su presente. ¿Cuál era su presente? ¡Irene! Asoció el nombre con el mar y con los vehículos de la policía cuando cruzan la ciudad con las sirenas abiertas, señalando un grave peligro invisible para los transeúntes que se asustan a su paso. “Irene, Selene, Sirena” se dijo maquinalmente, y se supo en peligro. No le interesaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Un cafetín abrió sus puertas y recordó que debía volver a su casa. Con desgano puso su automóvil en marcha, subió a las Lomas y se detuvo frente a la casa vecina a las vías del tren, en donde por la noche había encontrado a Irene. “Ya debe haber llegado” se dijo. Estacionó el auto frente a la casa, que debía datar de principios de siglo. Sus rejas pintadas de negro, el jardín poblado de árboles viejos, los macizos de rosas y el camino de grava que conducía a la pequeña escalinata que daba a la terraza de entrada pertenecían a aquella época. En el lado izquierdo de la casa se erguía un pequeño torreón cuyas ventanas estaban cubiertas por visillos blancos. El aire que envolvía a la casa situada en el fondo del jardín era apacible y perfumado. La casa estaba en silencio, perdida en ese lugar inesperado y

en desacuerdo con el paisaje que la circundaba; era como la propia Irene: misteriosa y poética. La quietud del lugar lo intimidó, no podía llamar a esa hora. Irene podía enfadarse por su indiscreción. Las cortinillas blancas del torreón parecieron moverse ligeramente y decidió que alguien lo espiaba, tal vez la propia Irene. Echó a andar el automóvil y se alejó lentamente volviendo la cabeza varias veces.

Cuando llegó a su calle la mañana presidía a los árboles lavados por la lluvia; el reloj en el tablero de su coche marcaba las ocho de la mañana. Miguel aminoró la velocidad, no tenía ningún deseo de llegar a su hogar, antes quería poner en orden sus propios sentimientos. Sin darse cuenta, se encontró frente a su casa separada de la calle por una barda alta y una puerta enorme que se abría automáticamente al apagar cierto botón eléctrico. “Vivo en una prisión”, se dijo. Llamó con el claxon y la puerta se abrió desde dentro.

– Buenos días, señor – le dijo un criado acercándosele solícito.

Cruzó el vestíbulo como un sonámbulo; debía enfrentarse a su mujer, se preguntó si soportaría sus reproches. Recordó el vaho espeso que inundaba su enorme habitación cargada de perfumes, polvos y cosméticos. Tendría las cortinas echadas como de costumbre y seguramente se hallaba indispuesta. Enriqueta era quejumbrosa y ahora estaría indignada; no se sintió capaz de hacerle frente. “No puedo”, se dijo y pasó de largo frente a la puerta cerrada de la habitación de su mujer. ¿Por qué se había casado? Era víctima de un destino fatal. Lo supo desde que su madre se empeñó en obligarlo a aquel matrimonio de razón o conveniencia. “El matrimonio es una sociedad, el amor se acaba... ¿qué más puedes pedir? Enriqueta es una chica dulce, bonita y bien educada” le había repetido una y otra vez. Su madre temía que cometiera alguna locura y se casara con una mujer fácil o de clase inferior a la suya...

La repentina aparición de sus dos hijos lo sorprendió. Los había olvidado. El pequeño Miguel de nueve años y su hermano Enrique de siete lo miraron con rencor.

– Mamá está enferma... – anunció el pequeño Miguel sin darle un beso.

La nana los tomó de la mano para llevarlos a la casa de su abuela y Miguel se sintió aliviado cuando los vio desaparecer acompañados de la mujer. Su matrimonio estaba hecho de pequeños disgustos y atropellos personales que él trataba de ignorar. Sus hijos lo compensaban en sus diarias desilusiones, pero ahora ni siquiera su presencia lo había aliviado de aquella emoción dolorosa que se había apoderado de él. Escuchó la voz de Enriqueta:

– Pasa, Lupe...

Su mujer fingía haber confundido sus pasos con los de su sirviente personal, y Miguel no tuvo más remedio que rehacerlos y entrar a la habitación de Enriqueta. La encontró envuelta en una bata de encajes, tendida sobre su cama, apoyada la cabeza en grandes almohadones. Vio sus párpados entrecerrados e hinchados por el llanto reciente y no supo qué decir. El vaho perfumado le produjo náuseas. Hubiera querido abrir los balcones para que entrara el aire fresco de la mañana lavada por la lluvia de la noche anterior. Aquella tormenta veraniega había

obrado milagros y, en ese instante, esa tormenta nocturna era tan remota e irrecuperable como su propia infancia. Irene, empapada por la lluvia, se había disuelto con la luz de la mañana y sólo quedaba aquella habitación cerrada e infestada de perfumes. Se dejó caer en un sillón de seda azul y se vio reflejado en un espejo antiguo; ése era él: con gesto trágico y rostro tostado por el sol.

—Sucedió algo imprevisto... —exclamó con veracidad.

—Perdona, no me siento bien... amanecí con una gran jaqueca... —contestó Enriqueta tratando de evitar mirarlo. La irritaba Miguel. En ese momento odió su cuerpo atlético y sus manos de deportista, sanas y doradas. Creyó descubrir en sus ojos claros un fulgor desconocido. “No parece un hombre casado...”, se dijo con rencor. Miguel estaba frente a ella, pero se hallaba en otra parte, muy lejos de su habitación y de su casa. Se sintió profundamente humillada. “Alguna mujerzuela vulgar...”, pensó irritada. Ambos guardaron silencio; en realidad, en los diez años que llevaban casados ya se habían dicho todo. “Nunca me ha dicho que me ama”, pensó Enriqueta con ira. Miguel, por su parte, se preguntaba inquieto qué le habrían dicho a Irene en su casa acerca de su escapada nocturna. “No deberíamos haber vuelto, deberíamos haber tomado cualquier carretera y desaparecido”, pensó Miguel sintiéndose muy desdichado.

—¿Recuerdas esto? —preguntó Enriqueta con voz nerviosa.

Al hacer su pregunta enarboló una cartulina elegante con los sellos del Palacio Presidencial de la República. Miguel se acercó y examinó la invitación con extrañeza. Recordó los cohetes que surcaban el cielo de México la víspera y sonrió con beatitud: era el 15 de septiembre.

—¡Ah!, el día de la libertad... —dijo en voz alta.

Su mujer contempló sus manos nervudas, sus espaldas amplias, y sintió renacer aquel odio furioso contra él. No cabía duda de que había pasado la noche haciendo el amor con alguna y ella tenía que esperar en su casa y admirar su apostura desde lejos, pues cada día Miguel se convertía en un personaje más y más lejano.

—Dormiré un rato... —lo escuchó decir.

Sin dar más explicaciones salió del cuarto de su mujer y se dirigió a su habitación situada en la parte más alejada de esa ala de la casa. En vano trató de dormir, la imagen de Irene envuelta en su gabardina mojada por la lluvia se le aparecía apenas cerraba los ojos. “Tiene que llamarme”, se repitió mil veces.

Por la noche, metido en un esmoquin, esperó paciente a su mujer que siempre tomaba demasiado tiempo en terminar su toilette. Fumó varios cigarrillos y contempló con indiferencia el vestíbulo elegante de su casa. Escuchó el timbre del teléfono y se precipitó a su despacho, pero alguien, seguramente ella, lo descolgó antes. Alcanzó a escuchar: “Soy la señora”. Iracundo se dejó caer en un sillón. Unos minutos más tarde apareció Enriqueta vestida de gala.

Le disgustaron sus diamantes y su peinado alto. Ella esperó un elogio que no obtuvo. A Miguel de pronto, todo se le había vuelto extraño: esa mujer que era la suya, esa casa de pronto inhóspita, los criados, su despacho.

— ¿Nadie me ha llamado? — preguntó.

— ¡Nadie! — afirmó triunfante su mujer.

Un criado les abrió la puerta. Los dos subieron al automóvil, iban hostiles. Miguel la miraba de vez en cuando sorprendido de que no fuera Irene la que ocupara ese lugar. Enriqueta también lo observaba de reojo, la lejanía de su marido la humillaba profundamente. Supo que había sucedido algo irremediable y decidió no dirigirle la palabra. Miguel no tomó el rumbo de la ciudad, sino que se dirigió hacia la casa de Irene.

— Tomaremos un poco de aire antes de encerrarnos en esa recepción. Después de todo vamos adelantados — afirmó él con decisión.

Ella creyó adivinar su ansiedad y lo miró con profundo desagrado. Pasaron frente a la casa situada frente a la vía del tren; estaba como la noche anterior, con las luces encendidas, tranquila, alejada del mundo, ocupando su lugar poético. Miguel no cambió su aire indiferente y su mujer no pudo percatarse de nada, excepto que su marido parecía ansioso y desdichado.

Volvieron a entrar al Paseo de la Reforma iluminado con profusión. La fuente de la Diana flameaba de luces como una llamarada multicolor. Los paseantes reían excitados; llevaban banderitas tricolores en la mano y gorros de fantasía en las cabezas. A todo lo largo del Paseo una fila interminable de automóviles se dirigía como ellos hacia el Zócalo; las aceras estaban invadidas de público, de puestos de juguetes y de dulces, de máscaras, de “espanta-suegras”, de pitazos y de risas. Miguel avanzaba con gran lentitud hacia el Palacio Nacional. Iba muy silencioso y Enriqueta lo contemplaba iracunda, se diría que buscaba a alguien. Al fin pareció decidirse a entrar en la fila de automóviles oficiales que avanzaba con lentitud y orden hacia el Palacio. En uno de ellos Miguel creyó descubrir el perfil serio de Irene y sus hombros ahora desnudos. Llevaba el gesto obstinado y supo que llevaba las manos cruzadas sobre los pliegues de la falda de seda. Se adelantó con una salida brusca de la fila para alcanzar el auto en el que iba la joven, pero un agente de tránsito lo detuvo en seco y se acercó a la portezuela para reconvenirlo. Disgustado, tuvo que aguardar un claro en la fila que se movía con lentitud para reincorporarse al cortejo.

— ¿Te has vuelto loco? — le preguntó furiosa Enriqueta.

— No lo dudes...

El Zócalo se hallaba atestado de una multitud oscura que se movía como un animal enorme. Cuando bajaron del coche, la gente se asomó para admirar a la pareja elegante invitada a la fiesta. Entraron protegidos por agentes y alcanzaron la escalera de piedra. Miguel deseaba ignorar a los lacayos solemnes y entrar de prisa para buscar a Irene, pero Enriqueta, consciente

de los pliegues suntuosos de su traje, lo obligó a subir las gradas muy lentamente. Una vez dentro de los enormes salones, Miguel buscó sin éxito a la joven. “Es absurdo, absurdo, no era ella”, se repitió al recordar la casa cercana a las vías del tren. Se vio rodeado de personajes indiferentes a su angustia. Escrutaba los grupos con encarnizamiento, buscándola a ella y sin notar que algunos de sus personajes lo saludaban con inclinaciones de cabeza. Enriqueta lo detuvo ante un grupo de amigos que reían del azoro de Miguel.

– Perdón, perdón estoy distraído... – dijo inquieto sin dejar de inspeccionar a los invitados en busca de la cabeza de Irene. De pronto creyó descubrirla en el fondo del salón, pero al instante otras cabezas la cubrieron.

– Vuelvo enseguida...

Decidido se dirigió hacia aquel lugar. Su mujer lo alcanzó indignada.

– ¿Qué haces?...

Miguel la miró resignado. ¿Qué podía decirle? Nada. Se sintió impotente, mirado por sus amigos, ridículo en medio de aquel lujoso salón invadido por personajes elegantes y mujeres lujosas.

– Te dije esta mañana que me sentía mal... sería mejor retirarnos... – añadió Enriqueta.

Trató de disculparse, pero ella se obstinó en abandonar la fiesta inmediatamente. La oyó hablar mientras él se perdía en otros recuerdos relacionados con el 15 de septiembre, y volvió a sentir la misma amarga nostalgia, el mismo anhelo de lágrimas de aquella noche perdida de su infancia. Su mujer interrumpió sus recuerdos para obligarlo a partir en seguida. Resignado se encontró abandonando el Palacio y luego en su automóvil de regreso a su casa. Ambos iban en silencio.

– Sería mejor que adelantaras las vacaciones. ¿Para qué esperar? – le preguntó él al llegar frente a su casa.

– No pienso cambiar de planes – cortó ella con brusquedad.

Miguel pasó una mala noche, fumando un cigarrillo tras otro. Irene lo había embrujado: ¿era ella realmente la que se le mostró unos instantes primero en el automóvil y luego en la recepción? “Iré mañana a su casa”, se dijo antes de caer dormido casi al amanecer.

El nuevo día lo encontró inquieto, pasó junto a la puerta de la habitación de su mujer y se precipitó a la calle. En su despacho trató de ocuparse de los asuntos que apenas unas horas antes lo tenían absorto. Hacia el mediodía abordó su automóvil para dirigirse a las Lomas. Tranquilo, estacionó el auto frente a las rejas antiguas de la casa y examinó nuevamente el jardín, la terraza y el pequeño torreón de tejado de pizarra. La casa entera gozaba de un embrujo especial; sintió que nunca escaparía a su hechizo y decidido bajó del auto y sacudió la campanilla de la reja. Nadie acudió a su llamado. Miró sorprendido a su alrededor y volvió a sacudir la campanilla con fuerza. Su sonido pareció alertar a los pájaros que en bandada

cambiaron de copa de árbol. Miguel vio que una mano corría lentamente uno de los visillos en los cristales de la puerta de entrada que daba a la terraza. El hecho le pareció alentador y volvió a sacudir la campanilla con firmeza. La puerta se entreabrió para dejar ver a una viejecita de peinado alto y cuello de punto. Miguel le hizo señas para que se acercara. La viejecita volvió a cerrar la puerta. “Lúe a llamar a Irene”, se dijo y esperó unos minutos cogido de las rejas. Pero al ver que la casa entera volvía a su quietud habitual, sacudió la campanilla con una vehemencia que a él mismo le pareció impertinente. Su acción tuvo éxito, pues la puerta volvió a abrirse y la misma viejecita apareció en la terraza. Sonrió satisfecho y levantó una mano para hacerle un saludo. La viejecita avanzó por la terraza, bajó las gradas de piedra y a pasos menudos avanzó por el camino de grava que llevaba hasta las rejas. La vieja señora parecía sorprendida ante la insistencia de aquel joven elegante y bien parecido.

—¿Deseaba algo, señor? —preguntó con voz tenue.

—Sí. Perdone usted, pero necesito hablar un minuto con la señorita Irene...

Se interrumpió, pues tuvo la certeza de que desde el torreón alguien lo observaba. Miró con rapidez y vio caer el visillo almidonado de una de las ventanas ocultando una forma imprecisa que le pareció femenina.

—¿Con quién? —preguntó su interlocutora fingiendo que no había escuchado bien.

—Con la señorita Irene... —repitió.

La anciana lo miró alarmada, como si hubiera dicho algo impropio: “Tal vez debí decir señora”... se dijo él preocupado. La viejecita abrió la boca como para decir algo, pero prefirió callar. Lo examinó con atención y lanzó una mirada al automóvil estacionado frente a la casa.

—Un momento, voy a consultar —explicó con su misma voz próxima a apagarse.

Miguel la vio irse a pasitos, subir las gradas, cruzar la terraza y entrar cerrando la puerta tras ella. La sombra del torreón había desaparecido y Miguel decidió esperar cogido de las rejas.

Dentro de la casa la señorita Rosalía se reunió con su hermana menor, Clementina, que ya había bajado del torreón y esperaba las nuevas anhelante.

—Estoy segura, es el mismo automóvil que se detuvo antenoche durante el escándalo que armó esa muchacha y que volvió ayer por la mañana...

—¡Qué tiempo terrible! ¿Es él el que la secuestró? —preguntó aterrada Clementina.

—No lo sé... parece muy correcto. Tiene ojos color violeta, pero ahora todo ha cambiado...

—Ya no salgas. Este asunto es muy peligroso... ¿no será un policía?

—¡Un policía! No, no, es muy elegante...

—Entonces, puede ser un gánster, Rosalía. Hay que tener cuidado, no contradecirlo, acuérdate de la televisión.

—Sí, sí, tendré cuidado. ¡Dios mío! La policía o los gánsters en nuestra casa —exclamó Rosalía aterrada.

Las dos hermanas guardaron silencio y de puntillas se retiraron al torreón para observar al desconocido. Desde allí escucharon sus campanillazos, lo vieron esperar cogido de las rejas, lanzando miradas anhelantes a la puerta de la terraza.

—Me preguntó por ella, se llama Irene... ¡Míralo, parece muy triste! —dijo Rosalía.

—Quiere saber si notamos algo... ¡Pobre! Algo le pasa... —cuchicheó Clementina en voz muy baja.

Al cabo de media hora lo vieron subir a su automóvil y desde allí vigilar la casa, inclinado sobre el volante con ojos afligidos.

—No podemos hacer nada por él —dijo Rosalía para consolarse de la pena que le producía el desconocido.

—¡Nada! No debemos mezclarnos en este asunto tan tenebroso —afirmó su hermana compartiendo la piedad que les producía a ambas el joven del automóvil.

—¿Irene estará viva?

—¡Dios lo quiera! Estas jóvenes de ahora... —suspiró Clementina.

Miguel esperó en vano durante más de una hora y media. ¿Sería posible que Irene fuera casada? El sobresalto de la anciana no había sido fingido. Era absurdo sitiar la casa, pero era atroz alejarse de allí y volver a la rutina doméstica sin tener una palabra sobre Irene. Vencido por el silencio escribió un pequeño recado: “Por favor, llámame”, arrancó la hoja de su agenda, bajó del auto y lanzó el papel a través de las rejas. Después se alejó despacio para volver al lado de Enriqueta.

Apenas hubo desaparecido, Rosalía salió cautelosa a recoger el papel que amenazaba irse con el viento de la tarde, que anunciaba tormenta. Las dos hermanas leyeron muchas veces el recado.

—¿Quién quiere que lo llame? —preguntó Clementina preocupada.

—Irene, por eso vino a buscarla.

—¿No se la raptó?

—Tal vez ella volvió a escapar... se me ocurre algo ¡está enamorado! —dijo Rosalía triunfante.

—¿De quién?... ¿y por qué la busca en nuestra casa? —preguntó asombrada Clementina.

—Desde luego todo es preferible a llamar a la policía, nos haremos las que no sabemos nada... —afirmó Rosalía.

Las dos hermanas lanzaron un suspiro y se quedaron quietas a la espera de los acontecimientos. Para Miguel la vida continuó su ritmo acostumbrado: cenaba con Enriqueta en restaurantes de moda acompañado de amigos ruidosos. No le interesaban las conversaciones, escrutaba las mesas vecinas en busca del rostro perdido de Irene. La buscaba también en las calles o en las colas de los cines, mientras se repetía: “Es mala, no me llama”. Prefería el silencio de su oficina, allí al menos podía reflexionar sobre lo que lo obsesionaba sin tener que disimular ante su mujer o sus amigos. Pasaba una y otra vez frente a la casa del torreón con la esperanza de vislumbrar a la joven. A veces se detenía frente a sus rejas unos minutos, pero no logró ver a la muchacha ni a la amable viejecita que había salido a su encuentro.

— Ahí está otra vez... — anunciaba Clementina sobresaltada.

Rosalía corría a mirar a través de la muselina de los visillos; no era normal que aquel desconocido insistiera en rondar su casa por el simple gusto de hacerlo. Su presencia se debía a algo importante, algún hecho grave que las hermanas desconocían. Habían pasado siete días desde que aquella muchacha se había aferrado a sus rejas lanzando agudos gritos de auxilio; después había huido en ese automóvil último modelo que se estacionaba a cualquier hora del día o de la noche frente a su jardín.

— Se trata de algo que nunca entenderemos... — dijeron las hermanas al ver partir el automóvil.

“No entiendo mi obsesión... es una aventurera...”, se dijo Miguel en el momento de levantar su copa después del bautizo del hijo de su hermano, y buscó a Enriqueta que charlaba amigablemente con su cuñada. Su madre tenía razón: su mujer era dulce y sus maneras perfectas. Casi tuvo remordimientos, pero en ese momento se le acercó un criado para susurrarle casi al oído:

— Señor, lo llaman al teléfono.

Miguel se dirigió casi de puntillas al gabinete de trabajo de su hermano. ¿Quién podría llamarlo allí en ese momento?

— Miguel, estoy en una caseta de música en la “Casa Wagner” en Venustiano Carranza. Ven pronto — dijo la voz tranquila de Irene.

Aturdido oyó colgar el auricular, miró en derredor suyo temeroso de que alguien fuera testigo de aquella llamada clandestina. Hasta él llegó el rumor de la fiesta, las risas y los murmullos de las conversaciones. Salió del despacho, nadie había notado su ausencia, Enriqueta charlaba inocentemente con su cuñada. Sin dudar un segundo se escabulló a la calle y abordó su automóvil.

— Algo imprevisto — le dijo a un criado de su hermano.

Atravesó a toda velocidad la ciudad que le pareció gigantesca. Al acercarse, estacionó su vehículo y salió corriendo en busca de la joven. La “Casa Wagner” era el lugar más remoto del mundo, nunca se le hubiera ocurrido buscar a su amiga en aquel sitio. Un empleado ceremonioso le salió al encuentro; apenas lo miró, buscaba con la mirada las casetas de música. Detrás de los vidrios de una de ellas descubrió a Irene sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas y el perfil serio, escuchando una música que él no oía. Abrió la puerta plegadiza y entró con violencia. Irene levantó la vista, un golpe de violines y de notas celestes lo transportaron a un mundo fuera del mundo cotidiano y grosero.

– Irene...

– Es Mozart, Miguel... – contestó ella con sencillez.

Permanecieron el uno frente al otro sin hablarse, mecidos por la música que decía lo que ellos eran incapaces de decirse. Irene llevaba la misma gabardina y los mismos mocasines viejos. Parecía un personaje mitológico de nuestro tiempo. A Miguel le pareció un ángel marino y tuvo la impresión de hallarse frente a un ser irreal, un habitante de la lluvia, una criatura escapada del mar o de la música. La miró fascinado y de pronto la música cesó. Irene se puso de pie. Salieron juntos a la calle; cuando él trató de tomarla por el talle ella lo esquivó con rapidez.

– Llévame adonde quieras, pero ve tú delante, yo te sigo – dijo la chica y retrocedió dos pasos.

Temeroso caminó delante de ella hasta llegar al automóvil. Le abrió la portezuela y ella entró con rapidez y se acurrucó en el fondo del coche. Partieron veloces. Sin decir una palabra, Irene recostó la cabeza sobre sus piernas y se dedicó a mirar los tejados de las casas, y más tarde, cuando salieron a una carretera, las copas de los árboles. Miguel apaciguado, lanzaba miradas graves al rostro apacible de su amiga.

– Era Mozart..., nadie fue a su entierro, lo acompañó sólo su perrito... ¿tú irás al mío? – preguntó Irene y abrió los ojos para ver a su amigo con una mirada de adiós.

– Querida, ¿a dónde vas cuando yo no te veo? – le preguntó Miguel a su vez.

– Contigo..., te sigo por las aceras, subo a tu lado a tu despacho, entro a los cafés, llego a las fiestas, te espío y de pronto ya ves, te llamo en un bautizo... – dijo Irene tranquila.

Miguel detuvo el automóvil en una cuneta. Enderezó a la joven con suavidad y la miró como si quisiera leer el rostro de la joven.

– ¿Cómo supiste que estaría en casa de mi hermano?

– Ya te dije, te espío... – suspiró ella ofreciéndole la boca.

– ¿Por qué te niegan en tu casa? – preguntó él mirándola tendida hacia él con los ojos cerrados.

—No lo sé... —dijo ella sin cambiar de actitud.

—¿Quiénes son las dos viejecitas que viven en tu casa? —preguntó Miguel mirando aquella cara joven que continuaba esperando el beso.

—Mis tías...

Miguel la besó en los párpados y la tomó en sus brazos. Sintió que ocurría algo más grave que la primera noche del encuentro; quiso decirle que la amaba, pero se limitó a acariciarle el pelo. Ella separó la mano que la acariciaba, luego sería, se arrinconó en el asiento, cruzó las manos sobre las rodillas y sin mirarlo le preguntó:

—¿Yo soy tu amor?

—Imagínate que sí. Imagínate que eres mi amor, que no puedo vivir sin ti..., el mundo se convierte en cenizas cuando no te veo. Es más, ahora sé que siempre fue cenizas...

Irene se volvió a mirarlo, subió las piernas sobre el asiento, colocó los brazos en el respaldo y apoyó sobre ellos la cabeza. Permaneció pensativa unos instantes.

—Tú también eres mi amor... ¿qué vamos a hacer? —preguntó tranquila.

Miguel se abrazó al volante para observar el atardecer. También él guardó silencio, la pregunta de Irene lo hundió en una realidad que hubiera querido borrar.

—¿Cómo podemos abolir el pasado? —preguntó con angustia.

—El pasado es inamovible —dijo ella con voz apacible.

Miguel se volvió a ella, sus palabras le parecieron de mal agüero.

—En este momento podemos cambiar lo que está por hacerse..., pero los dos juntos, luego será tarde —dijo ella con la mirada profundamente triste.

—Dime, mi amor, ¿qué es lo que está por hacerse? —preguntó él angustiado.

Irene levantó la vista y se volvió a mirar a través del parabrisas al cielo que empezaba a cubrirse de tonos oscuros.

—Nada..., después de todo nuestro futuro está allí, en el cielo.

—¿En el cielo? Pero aquí, antes, en la tierra...

—¿Aquí? —Irene le lanzó una mirada triste.

—Sí, aquí —pidió él tomándola en sus brazos.

—Aquí tu pasado es inamovible —dijo ella retirando el rostro.

Miguel la guardó contra su pecho. Lo que Irene decía era verdad y, sin embargo, él quería proponerle que huyeran, era su única oportunidad de estar juntos. Este pensamiento lo ensombreció.

—Eres tan joven y no has tenido nada —le dijo sintiéndose culpable.

— ¿Y qué se le da a una joven? — preguntó Irene.

— ¿A una joven? ¡La vida! ¡La vida entera!

Se separó de ella y puso el automóvil en marcha. No sabía qué hacer ni a donde llevar a la muchacha recostada en sus piernas. En realidad no necesitaba sino eso: correr juntos por una carretera oscura. Correr para olvidar lo que ninguno de los dos podía olvidar. Tal vez en la carrera encontrarían lo que ambos buscaban: quedarse juntos para siempre. Cruzaron varios pueblos perdidos. Miguel detuvo el auto en uno de ellos.

— Te voy a llevar a que comas algo,

Los habitantes del pueblo los vieron cruzar las callejuelas en busca de un restaurante. Encontraron una fonda bastante limpia; hasta allí había llegado el progreso y una sinfonola tocaba discos melancólicos. La dueña, una mujer vieja y afable, les preparó la cena.

— Sácame a bailar — pidió Irene.

— Baile, señor, baile con la señorita — ordenó la mujer orgullosa de tener en su restaurante a la hermosa pareja.

Los clientes silenciosos los vieron bailar escandalizados. El amor los unía estrechamente, se diría que ejecutaban un ritual amoroso. Después, sentados a su mesa comieron sin apetito, mirándose a los ojos y acariciándose las manos por encima de la mesa.

Salieron a caminar por el pueblo de tapias semidesnudas, polvo y ramas de bugambilias. Llegaron al campo, iban cogidos de la mano, abstraídos y silenciosos. Tomaron una vereda, sólo las estrellas iluminaban su camino.

— ¡Cuánto silencio! — dijo Irene sobrecogida.

— Sí, sólo tú aquí, golpeando en el centro de mi pecho — contestó Miguel.

No deseaban irse, el campo parecía ser su campo y el pueblo su pueblo. Caminaron abrazados, en paz, acogidos por un orden que les pertenecía. Muy tarde, en el camino de regreso a la ciudad, Irene se soltó a llorar.

— ¿Por qué lloras, si yo no quiero separarme nunca de ti? — preguntó él deteniendo el automóvil para consolarla.

— ¿Nunca?... mira la hora — dijo ella en medio de sus lágrimas.

Miguel vio en el tablero del automóvil el reloj luminoso que marcaba la una de la madrugada. Guardó silencio, las horas junto a Irene corrían a una velocidad aterradora. Acongojado se volvió a ella que erguida se cubría el rostro con las manos; para robar un poco más de tiempo junto a ella torció por un camino vecinal abierto en la soledad del campo. A lo lejos descubrieron un automóvil antiguo, estacionado y con las luces apagadas. A su lado un hombre viejo sostenía una barra de hierro en actitud amenazadora. Miguel aminoró la marcha e Irene le ordenó detenerse.

— ¿Qué sucede? — preguntó Miguel asomándose por la ventanilla.

— ¡Me falta gasolina! — gritó el viejo.

— ¡Espere! ¡Iré a buscarle un bidón! — contestó Miguel a voces.

Giró el auto y partió a toda velocidad en busca de una estación de gasolina que habían visto en la carretera principal.

— Se quedó desolado. No creyó que íbamos a buscársela — comentó Irene conmovida por la soledad del viejo en aquel camino vecinal.

Compraron un bidón y regresaron al lugar en donde esperaba el desconocido. Lo descubrieron desde lejos, sentado sobre una piedra, resignado. Los faros del auto lo hicieron ponerse de pie de un salto. Miguel detuvo su automóvil a unos metros de distancia mientras el hombre permanecía inmóvil. Cuando Miguel bajó de su auto, a la luz de los faros pareció un gigante corpulento y el viejo hizo entonces algo inesperado: lanzó varios alaridos potentes.

— ¡No!... ¡No!... — gritó aterrado y echó a correr a tropezones por el camino.

Miguel sin pensarlo echó a correr tras él, luego se detuvo y volvió hacia Irene que también había bajado del auto y que contemplaba la escena con asombro.

— ¡Señor, le traemos gasolina! — gritó Miguel con todos sus pulmones para detener la carrera del viejo que trataba de subirse por la ladera de la cuneta. El viejo se volvió.

Miguel abrió la cajuela de su coche y sacó el bidón de gasolina, luego avanzó con él hacia donde se hallaba estacionado el coche viejo. El hombre no se dejaba ver. Aterrado observaba desde lejos los movimientos de aquella pareja. Vio cuando Miguel, sin salirse de la luz de los faros, depositaba la lata en el suelo y luego regresaba a su automóvil.

— ¡Aquí se la dejó! — le gritó.

El viejo apareció otra vez en la carretera, cauteloso, con el instrumento de hierro en la mano.

— ¿Cuánto le debo? — gritó.

— ¡Nada!

El hombre no se movió de su lugar ni cambió su actitud. Miguel se dispuso a entrar en su coche. El viejo entonces empezó a gesticular y a dar voces.

— ¡Perdone! ¡Perdone!... Los jóvenes me dan miedo... Se han convertido en rebeldes... ¡Rebeldes peligrosos!... ¡Asesinos!

— ¡Tiene usted razón! — gritó Miguel con todas sus fuerzas llevándose las manos a la boca para hacer una bocina y que su voz retumbara en todo el campo.

Subió a su automóvil y arrancó dejando el bidón en medio del camino vecinal. Después los dos se echaron a reír. Era terrible que los jóvenes produjeran ese terror. Miguel se sintió halagado: el viejo lo había tomado por un joven, a él, casado, con hijos y que acababa de cumplir

treinta y dos años. El reloj luminoso marcaba ahora las dos y media de la madrugada. La hora avanzada los dejó súbitamente tristes. Irene adoptó su posición favorita: se tendió sobre las piernas de su amigo y guardó silencio. El la observó acongojado, pensó que ignoraba todo de aquella chica y de pronto se identificó con el viejo del camino vecinal; también a él Irene le producía miedo.

– Irene, no sé nada de ti, me escondes todo...

La joven abrió los ojos y se enderezó en el asiento.

– Pues eres el único que sabe todo de mí... – dijo echándole los brazos al cuello y escondiendo la cara sobre su hombro.

– Irene, ¿fuiste a la recepción del 16 de septiembre? – preguntó Miguel aprovechando su momento de debilidad.

– Sí, fui – contestó ella con sinceridad.

– ¿Con quién?

– Contigo... ¿y tú?

– ¿Yo?... solo.

Irene se separó enfadada del hombro de su amigo.

– Es tarde...

– ¿Tarde para qué? – preguntó él sobresaltado.

– Tarde para todo. Llévame a la ciudad para que pueda irme.

– ¿Te vas a volver a ir? – preguntó mirándola aterrado.

Irene no contestó, bajó la cabeza y cruzó las manos.

El vio su perfil cerrado y supo que era inútil el diálogo.

– No puedo volver a tu casa y hablar con tus tías, son muy raras, me ven como si fuera un asesino y te niegan. Tampoco puedo buscarte como loco por toda la ciudad... ¡por favor dime dónde y cuándo nos podemos ver! – suplicó Miguel con los ojos bajos.

Irene se volvió a mirarlo.

– ¿Y qué podemos hacer?... ¿Desaparecer juntos?

Miguel inclinó la cabeza y guardó silencio un rato, luego dijo abatido:

– No sé..., no sé qué vamos a hacer..., cualquier cosa menos perderte...

Aminoró la marcha del automóvil. La carretera parecía muy corta de regreso y quería prolongar el tiempo junto a Irene. Sabía que al llegar a la ciudad el peligro de perder a la joven se volvía inminente. Mientras corría por el campo buscaba con desesperación un motivo que la

obligara a decirle dónde y cuándo podían verse; la miró recostada en sus piernas, era en verdad una criatura preciosa para él.

– Desde aquí veo la profundidad del cielo: está mucho más alto que las nubes – comentó Irene.

Miguel escrutó un claro abierto en el azul oscuro de la noche, allí un astro escondido debía filtrar una aureola de luz inesperada. Se volvió a Irene bañada por ese resplandor y pensó que ambos habían entrado en una nueva dimensión.

– Alguna vez seremos uno y entraremos por esa puerta abierta para nosotros en el cielo – dijo la joven.

Sus palabras lo irritaron; para ella era fácil consolarse con un encuentro imaginario en el cielo, en cambio él debía volver a su casa al lado de Enriqueta que sólo le producía tedio. “La veo y me parece que me entra arena en los ojos”, se dijo recordando a la madre de sus hijos. “¿Por qué me habré casado?” El rostro apacible de Irene le produjo ira, pensó que en un rato más ese mismo rostro estaría bajo unos ojos que él desconocía y la idea le resultó insoportable. Aceleró la marcha del automóvil.

– ¿Y si tuviéramos un accidente mortal? – preguntó sombrío.

Irene no contestó. Se limitó a cerrar los ojos y dejarse mecer por la velocidad.

– Así tal vez entraríamos juntos en tu cielo – dijo Miguel con sorna.

Su tono de voz y su actitud no lograron impresionarla. Con suavidad acarició una rodilla de su amigo y guardó silencio. Miguel detuvo el automóvil, quería decirle que sólo era una desconocida cualquiera, que se había introducido en su automóvil de mala fe para destruir el orden de su vida.

– ¡Para ti yo no significo nada! ¿Cuántas veces has atrapado hombres a media noche para luego abandonarlos? Eres una aventurerita moderna... ¡Eres abominable!... ¡embustera!... ¡engañadora!...

Irene se irguió en el asiento y lo miró con una fijeza terrible.

– Esas palabras no son tuyas. No quiero oírlas – gritó de pronto y abrió la portezuela, saltó a la carretera y echó a correr en la oscuridad de la noche.

El gesto intempestivo de Irene lo tomó por sorpresa, la vio alejarse de la luz de los faros y desaparecer. Asustado bajó del auto y echó a correr en la dirección que ella había tomado.

– ¡Irene!... ¡Irene!...

Su voz se perdió entre los árboles y las rocas del campo. Se detuvo, la carrera de la joven sobre el asfalto había cesado. No veía nada en aquella oscuridad, la siguió llamando, se salió de la carretera para entrar bajo los árboles. La llamó con las palabras más tiernas, asustado de las que había proferido antes y la habían hecho huir. Deseaba que la dulzura de sus nuevas

palabras borrarán el horror de las otras, pero Irene continuaba silenciosa y perdida en la noche. Volvió a su automóvil y lo echó a andar muy despacio, iluminando con los faros la carretera y sus orillas umbrosas. Recorrió varias veces el trayecto por el que había huido la muchacha, inútilmente. Abatido estacionó el coche y se cogió la cabeza entre las manos como si fuera a echarse a llorar. ¿Qué había hecho? Sólo deseaba que Irene apareciera en ese instante para empezar a vivir.

—Si fueras tan amable de llevarme a la ciudad, ya va a amanecer —dijo la voz de Irene a sus espaldas.

Sorprendido se volvió con rapidez para hallarla acurrucada en la parte trasera del coche. Se inclinó y la sacó de su escondite, la colocó junto a él y la recostó en el asiento para besarla, pero ella interrumpió sus besos.

—No se puede, Miguel, no se puede...

Su voz sonó solemne y él la enderezó para contemplar su rostro serio. La estrechó contra sí, abrumado por el peso del amor que sentía por aquella joven desconocida e inesperada. La separó de su pecho y la miró largo rato.

—¿No vas a decirme quién eres ni qué te pasa?...

Irene movió la cabeza negando.

—Yo te amo, Irene.

—Lo sé... Yo también te amo —contestó con simpleza.

Serios y apesadumbrados emprendieron el camino a la ciudad.

—Prométeme que nos vamos a ver hoy —le pidió él mirando las luces tenues del amanecer.

—Te lo prometo —contestó Irene con voz melancólica.

Entraron a la ciudad con las primeras luces de la mañana.

—¿Dónde te encuentro y a qué hora? —preguntó Miguel.

—A las once... frente a mi casa... —contestó ella con voz insegura.

Miguel le acarició el cabello, se sentía tranquilizado. Cruzaron las calles en las que empezaba el movimiento de todos los días. Pasaron frente a un pequeño mercado en el que descargaban fruta.

—Quiero fruta, tengo sed... —pidió Irene.

—Lo que digas, linda.

Detuvo el automóvil y bajó confiado. Eufórico se cargó de melocotones, de naranjas y de uvas. Le emocionaba el hecho de comer fruta en compañía de Irene. Con ella el menor gesto tomaba proporciones mágicas y conmovedoras. Al volver al automóvil no la vio. “Está escondida en el fondo del coche”, se dijo sonriendo ante el infantilismo de su amiga. Abrió la

portezuela para sorprenderla con la frescura que traía en sus brazos y la alegría se convirtió en pánico: Irene había desaparecido. El coche estaba vacío. Dejó caer la fruta y se volvió a las gentes ocupadas en descargar bultos, indiferentes a su desolación. Un hombre sentado sobre una caja lo miró con piedad.

—No la busque, señor. Apenas se alejó usted, ella salió corriendo.

—¿Hacia dónde? —preguntó Miguel casi con lágrimas en la voz.

—Por ahí... No la busque, señor. Lo engañó.

Miguel salió corriendo en la dirección vaga que le señaló el vendedor. Su carrera fue inútil. No encontró ninguna huella de su amiga. Volvió a su automóvil y partió colmado de ira. Cruzó la ciudad y se dirigió a las Lomas. Se detuvo frente a la casa del torreón, bajó cerrando la portezuela de golpe, se acercó a las rejas y sacudió la campanilla con ferocidad. Nadie se movió dentro de la casa.

—¡Irene!... ¡Irene!... —gritó con todas sus fuerzas mientras continuaba sacudiendo la campanilla con ira.

Vio que entreabrían la puerta de la terraza y repitió su grito iracundo:

—¡Irene, te estoy viendo! —la puerta se cerró de golpe.

Dentro de la casa las señoritas Clementina y Rosalía, en camisa de noche, se miraron aterradas. Atrancaron la puerta con varias sillas, mientras escuchaban los gritos que partían de la reja.

—Hoy está muy excitado —dijo Rosalía.

—No. Está loco —afirmó Clementina.

—Hay que calmarlo... pobre hombre...

Miguel continuó sacudiendo la campanilla, de pronto vio a la viejecita asomarse a una ventana del torreón.

—Señor...

Miguel la miró con impaciencia. Rosalía estaba sonriente, con gesto conciliador.

—¡Dígale que si no sale ahora mismo, tiro la casa! —le gritó.

La viejecita lo miró aterrada.

—Está dormida... vuelva más tarde... —dijo para calmarlo y ganar tiempo.

—Yo sé que no está dormida —contestó con ira.

—Sí, señor. Irene está dormida... muy dormida... Más tarde le daré su recadito, es malo interrumpir el sueño de los jóvenes —afirmó la anciana con dulzura.

—¿A qué hora puedo volver? —preguntó Miguel vencido por la cortesía de la viejecita.

–Pues... como a las once... Digamos a las doce, ¿qué le parece?

Miguel dio las gracias, se subió a su coche, inclinó la cabeza sobre el volante, se diría que lloraba. Rosalía lo observó desde el torreón y se sintió invadida por una gran tristeza, ¿quién era aquel joven apuesto y desesperado? ¿Y quién era Irene? Al poco rato lo vio echar a andar su auto y alejarse despacio, muy despacio. Bajó a reunirse con su hermana que a su vez espiaba detrás de los visillos de la puerta de entrada.

–Lo vi todo. Aquí hay un gran misterio –afirmó Clementina, que había perdido la seguridad en sus juicios siempre acertados y que al igual que su hermana menor se hallaba desconcertada.

–¿Crees que es un maniático? –preguntó Rosalía con humildad.

–No..., las dos vimos cuando secuestró a esa infeliz muchachita... Después, ¿qué sucedió?

–Se enamoró de ella, le hizo confianza y la chica, ¡up!, se le escapó... –concluyó Rosalía.

–¡Muy bien pensado!... Pero, ¿por qué la busca aquí?... Para nosotras esto es muy comprometedor.

–Mucho, mucho... –suspiró Rosalía.

–Hay que llevarle la corriente, no excitarlo, tú misma escuchaste cuando quiso derribar la casa.

–Si no fuera por esas maneras de salvaje, sería un muchacho encantador –terminó Rosalía.

Al llegar a su casa Miguel se encerró en su habitación. Se tumbó vestido sobre su cama, ignoró la ira compungida de Enriqueta y la sorpresa de los criados.

–¡No tengo ninguna explicación que dar! –había dicho cuando vio el gesto y los ojos suplicantes de su mujer.

La ira de Enriqueta le llegaba a través de las puertas cerradas de su cuarto, pero él se quedó inmóvil mirando el techo de su habitación y de cuando en cuando su reloj pulsera que no avanzaba. Fumó un cigarrillo tras otro hasta llegar a la hora convenida con la tía de Irene. Se puso de pie de un salto y sin decir una palabra salió a la calle y subió a su automóvil. A las once en punto se encontró nuevamente frente a la casa del torreón. Contempló las vías del tren con amor y luego tiró de la campanilla con suavidad. No se había afeitado y llevaba el mismo traje ya arrugado.

Rosalía abrió la puerta de la terraza; ella sí estaba engalanada como para recibir a un huésped de calidad. Bajó ceremoniosa las gradas de piedra y avanzó sonriente por el caminillo de grava. Su actitud cordial reconfortó a Miguel, se diría que ahora sí iba a recuperar a Irene.

–Buenos días, señor...

–Buenos días... Perdón por lo de antes... ¿Qué dijo?... ¿me va a recibir?...

Rosalía bajó los ojos contrita, se retorció ligeramente las manos, Miguel vio que le temblaban los labios y esperó angustiado.

— ¿No se lo dijo ella?... — preguntó con los ojos bajos.

— No, no me dijo nada... ¿Qué sucede? — preguntó él ansioso.

— Señor... Irene tuvo que salir de viaje... Fue todo tan imprevisto...

No pudo continuar, los ojos aterrados de Miguel le cortaron el discurso que tenía preparado.

— ¿Salir?... ¿A dónde?...

La viejecita no contestó. La había tomado de improviso.

— ¿A dónde? — preguntó Miguel con voz asesina.

— A Washington..., así es la vida..., las cosas se presentan de pronto, sin que uno lo desee..., y el mundo sigue girando... — hablaba sin parar, con la voz temblorosa.

Miguel se cogió la cabeza entre las manos y la vieja tuvo la impresión de que ella lo había asesinado.

— A Washington... ¿Cómo pudo hacerme esto? — sollozó.

— Señor... señor... no se ponga así... Irene vuelve en unos días... Yo le prometo que le avisaré su regreso...

— ¿Usted me lo promete, señora?

— Se lo prometo. Yo misma le aviso, el mismo día de su regreso... si usted quiere...

Miguel sacó su agenda, le arrancó una hoja y apuntó su teléfono y su nombre mientras repetía incrédulo:

— A Washington..., a Washington...

Le tendió la hoja a la viejecita y ésta se precipitó a tomarla.

— Me promete que apenas llegue, ¿usted me avisa? — repitió desconsolado.

— Se lo prometo, señor.

Miguel dio las gracias repetidamente, se despidió, volvió a su coche y se alejó lentamente. Rosalía lo vio irse y regresó a su casa andando trabajosamente. Su hermana la esperaba detrás de los visillos.

— El amor es una enfermedad muy triste, Clementina, muy triste... — exclamó Rosalía.

Miguel deambuló por su casa y por la tarde se encerró en su despacho. No tenía ganas de vivir. El mundo se le había caído en trozos, tenía la impresión de que estaban todos muertos. Le ordenó a su secretaria que preguntara los horarios de los vuelos a Washington y los estudió con atención; después olvidó su proyecto de viaje y se dejó llevar por la desesperanza. "Sólo

me queda esperar". En su casa trataba de evitar a Enriqueta que no perdía ocasión para reprocharle el que le hubiera abandonado durante el bautizo de su sobrino. Por las noches, encerrado en su estudio contemplaba el enorme mundo vecino a su escritorio y lo hacía girar con indolencia. Su duelo secreto le impedía frecuentar a sus amigos y lo hacía evitar las últimas reuniones de la temporada de verano. Los timbrazos del teléfono lo sobresaltaban, pero nunca era Irene, y la viejecita también lo había olvidado. Los criados lo observaban piadosos, sólo ellos parecían compartir un poco la pena que lo embargaba.

— Señor, lo llaman por teléfono — le anunció el criado una noche.

Tembloroso, se precipitó al aparato.

— Señor, soy la señorita Rosalía... — dijo una vocecita temblona que reconoció en seguida.

— ¡Ah! Sí, señorita, dígame...

— Tuvimos carta de Irene. Dice que se ha sentido muy, muy triste, que no tarda en volver...

— ¿Cuándo?... — preguntó él ansioso.

— Cosa de unas semanas... parece... Esté tranquilo, no haga ninguna tontería... Adiós, señor.

— Muy bien, esperaré — dijo consolado.

Enriqueta pasó junto a él sin mirarlo. Miguel se echó escaleras abajo, quería salir a la calle, alejarse de ella, que lo hacía sentirse culpable. ¿Culpable de qué? Siempre había sido un buen marido. Enriqueta no ignoraba que su matrimonio era un matrimonio de "razón" convenido por su madre y los padres de ella. ¿Por qué ahora trataba de comportarse como una mujer traicionada en su amor? "En su amor propio", se dijo mientras subía a su automóvil. Corrió hasta llegar frente a la casa de Irene, contempló esperanzado sus rejas, su jardín y su torreón. En ese lugar misterioso y escondido vivía aquella jovencita poética, tan semejante a su propia casa. Desde el torreón las hermanas lo vieron contemplar la casa. Necesitaban actuar, calmar a aquel desdichado...

El teléfono no volvió a sonar para él en tres días. Al oscurecer del cuarto día lo llamó la viejecita, que le anunció que pronto tendría una sorpresa.

— Tenga fe, señor, tenga fe — le repitió Rosalía.

Se repitió a sí mismo las palabras: "Ten fe, ten fe". Se había levantado de la mesa para acudir al teléfono, pues ambos estaban cenando. Se sintió optimista y le concedió una sonrisa a su mujer. La sirvienta volvió a anunciar:

— Lo llaman al teléfono, señor.

Enriqueta la miró con reproche, la criada enmudeció y Miguel las miró a las dos, soltó la servilleta y abandonó el comedor. Buscó el teléfono más alejado.

— Soy yo, Miguel... — dijo la voz temblorosa de Irene.

Miguel permaneció mudo por la emoción.

– Te espero en la estación, en la sala de espera – dijo la voz infantil de Irene.

– ¿Acabas de llegar?

– No, me voy... – y colgó el teléfono.

Miguel no pensó nada más. Colgó también el aparato y salió decidido a la calle, subió a su automóvil y partió veloz. Al llegar a la estación la buscó con ojos ansiosos, la descubrió desde lejos: llevaba su misma gabardina, estaba de pie leyendo con atención una revista norteamericana. Llegó hasta ella y sin decirle una palabra la tomó en brazos y la besó repetidas veces, como si de sus labios dependiera su propia vida. Irene correspondió a su abrazo, luego sofocada le pidió:

– No, no, nos van a ver...

Miguel la arrastró fuera de la estación, la condujo a su automóvil, montaron en él y partieron veloces. Iban transidos, sin poder hablar. Irene se acostó sobre sus piernas y cerró los ojos., parecía que había entrado en paz.

– ¿Por qué dijiste que te ibas? – preguntó él con reproche.

– Porque es verdad, me voy... – contestó ella en voz muy queda

– ¡No te vas a ninguna parte! O te vas conmigo... ¿No sabes que no puedo vivir sin ti?

– No vas a vivir..., vas a sobrevivir... – dijo ella.

Miguel buscó afanoso un lugar en dónde poder estar solos, pero la ciudad oscura parecía hostil y cerrada a ellos.

– ¿Dónde puedo hablar contigo? – preguntó él desesperado.

Se le ocurrió ir a un hotel elegante y que ella entrara primero y pidiera una habitación, luego entraría él, pediría otra y después se reunirían.

– No puedo..., es peligroso que me vean. Además, los hoteles están denos de turistas – contestó ella muy seria.

Se fueron a las colonias populares, detuvieron el automóvil y se besaron. Pasó un policía y Miguel prefirió marcharse de allí. De pronto enfiló hacia Toluca. En el camino buscó una desviación, entraron a un camino sombreado de árboles y se detuvieron en un motel elegante.

– Aquí nadie te ve – dijo Miguel en voz queda.

Irene aceptó. Se encontraron en un cuarto amplio, oloroso a árboles y se besaron como dos náufragos. Al amanecer los dos se miraron melancólicos. El campo perfumado empezaba a llenarse de rocío, de jugos frescos. La luz que bajaba del cielo les permitía distinguir las hojas tiernas.

—¿Sabes, Irene, que en un amanecer, cuando todavía era niño, descubrí en sueños la tristeza infinita de estar solo en el mundo y me desperté llorando...?

La joven lo miró con ojos graves, él se volvió para acariciarla.

—Entró mi madre y me encontró junto a la ventana llorando, mirando al cielo cruzado de cohetes. Su presencia no me consoló, al contrario, casi me hizo sentir más huérfano. “¿Por qué lloras?”, me preguntó asustada. “Por esos cohetes”, le dije sollozando. Mi madre me abrazó: “Es por el 15 de septiembre, no te asustes”, me explicó. Pero sus palabras no aliviaron mi pena profunda, extraña, que venía de muy lejos. Era el año en que murió mi padre y ella atribuyó mis lágrimas a eso. “No, no lloro por él”, le dije y era verdad...

Irene se alejó y se lanzó a la cama boca abajo, mientras él continuaba mirando el cielo perdido de sus recuerdos.

—No, no era la muerte de mi padre lo que me produjo esa pena aguda, ni mi madre pudo consolarme pues seguí igualmente triste... Era algo que no me abandona nunca... Sólo cuando estoy contigo me siento curado de esa pena. Cuando te me pierdes, toda la tristeza acumulada sobre mí durante años y descubierta esa noche, se me viene encima. Por eso no puedo vivir sin ti... ¿comprendes?... Desde esa madrugada me desperté llorando por ti...

Miguel se volvió a mirarla. La vio con la cabeza hundida en las almohadas, se acercó a ella, se tendió a su lado y la volvió boca arriba para encontrarse con sus ojos asustados.

—¿Qué pasa, mi vida?

—Nada..., coincidencias... Yo nací la noche del 15 de septiembre de 1940 —dijo ella asustada.

Miguel la soltó incrédulo, la miró unos instantes, sacó un cigarrillo y lo fumó mirándola con fijeza.

—En 1940 murió mi padre... Estaba escrito que te amara...

Fue ella la que se soltó a llorar sin consuelo.

—¡No permitas que me maten! —gritó trágica.

Miguel la guardó contra su pecho.

—¿Matarte a ti?... ¿Por qué? —dijo acurrucándola como si fuera un niño pequeño.

—Por dinero... —gimió Irene.

—No digas tonterías —le dijo él sonriendo de su infantilismo.

—Pasado mañana verás mi esquela en los periódicos... —sollozó ella escondida en su pecho.

—Niña, niña, voy a hablar con tu tía Rosalía para arreglar todo... ¡es tan buena!

—Sí... es muy buena —dijo Irene separándose bruscamente de Miguel.

Lo miró con fijeza y él se sintió incómodo.

— Mi tía Rosalía... — repitió como para sí misma.

— Nada es irremediable, el pasado no existe, los dos nacimos este 15 de septiembre... Le confesaré a tu tía que soy casado... — dijo acercándose a la ventana.

Irene se tapó la cara con las manos, el sol se levantaba con una velocidad aterradora. Se puso de pie nerviosa.

— ¡Me voy, Miguel!... ¡Me voy!... — gritó con una voz extraña.

— ¿Por qué tan de prisa? — preguntó sobresaltado.

— Por mi tío Pablo... mi tío Pablo... Si ve a qué hora llego... Él no sabe lo que he hecho estas noches contigo...

— ¿Pablo?

— Sí... el marido de mi tía Antonieta..., una vieja muy mala...

— Vámonos. No quiero causarte disgustos — contestó él confiado.

Salieron juntos de prisa. Corrieron por la carretera a gran velocidad. Una vez en la ciudad Irene suplicó:

— Es mejor que me vaya sola... No quiero que me vean contigo a estas horas...

Miguel detuvo el automóvil y ambos bajaron en busca de un taxi. Irene esperaba la aparición del vehículo de alquiler con gesto extraño, como si no se resolviera a irse. Acariciaba con los ojos bajos los botones de la camisa de Miguel, la corbata, las manos de su amante; parecía ida, de pie frente a él.

— ¿Qué pasa, amor mío? ¿No quieres irte? — le levantó la barbilla y le sonrió.

Irene no dijo una palabra.

— Ahora que nos amamos y que estaremos juntos para siempre, ¿no quieres irte? ¡No te vayas! — le dijo conmovido.

Irene se lanzó impetuosa y lo besó largamente, después cruzó la calle corriendo y subió a un taxi que se aproximaba. Asomada a la ventanilla lo vio confiado, mirándola partir.

— Si no me llamas hoy, haré un escándalo en la reja de tu casa — le gritó él súbitamente preocupado.

Irene le hizo señales de adiós.

— ¡Busca mi esquila en los periódicos! — le gritó en los momentos en que arrancaba el taxi.

La escuchó perplejo, asustado; se sintió estúpido de pie en medio de la acera. Corrió a su automóvil y angustiado avanzó a toda velocidad hacia la casa de Irene. Quería llegar antes que su amante. Encontró la casa apacible como de costumbre. Bajó del coche y llamó. Esperó un

rato hasta que asomó la señorita Rosalía que pareció asustarse ante lo intempestivo de la hora. La señorita dudó antes de bajar las gradas y se detuvo a mitad del caminillo.

– Perdón, señorita Rosalía... Creerá que estoy loco... y tal vez lo estoy... Necesito ver a Irene... – dijo mortificado y sin atreverse a confesar que acababa de dejarla en un taxi.

– Está dormida... – contestó trémula la viejecita.

– ¿Tan pronto se durmió? – preguntó él dejándose llevar por su arrebató.

– Sí... está muy cansada... El viaje, las emociones... – dijo la anciana en voz muy baja.

– Es tonto lo que voy a pedirle, pero cuídela por favor... La vi muy nerviosa. Todo se va a arreglar – aseguró enrojando, pues recordó su matrimonio y se sintió culpable delante de aquella ancianita tan dulce, tan cortés.

– No tenga cuidado. No tenga cuidado... – aseguró ella sin avanzar un paso más.

– Me voy. Si fuera usted tan amable de decirme qué hace..., más tarde...

– Sí, pierda cuidado, lo haré – prometió la viejecita.

Apoyado en las rejas no se decidía a partir, miraba a la anciana con desesperación, hubiera querido confesarle que sin Irene se sentía perdido, pero las palabras no fluían de su boca y Rosalía lo contemplaba atónita. Por fin se alejó de las rejas, subió a su auto y partió con desgano. Entró cabizbajo a su casa, tomó un baño rápido y salió hosco rumbo a su oficina. Desde allí llamó a la casa de Irene. Le contestó Rosalía.

– Irene está bien. Ya desayunó. Ahora está oyendo la radio – le explicó la viejecita

– ¿La radio? – preguntó extrañado Miguel.

– No, no, quise decir la música. Por eso no la llamo...

– Llamaré más tarde, ahora sólo dígame que pregunté por ella y que pienso a cada instante en... Si quiere llamarme puede hacerlo a cualquier hora – dijo al final.

Miguel no estaba tranquilo, no se decidía a marcharse de su oficina, debía tomar una decisión, la actitud desesperada de Irene no era fingida. “Sólo es una jovencita y yo he sido su primer amor.” Luego: “¿Qué digo? Es ella la que ha sido mi primer amor, mi único amor. Desde antes de nacer estaba predestinada para mí, y recordó la infinita tristeza de aquel amanecer que trajo al mundo a la pequeña Irene. Decidió hablar con Enriqueta.

Durante la comida observó a su mujer con tristeza, había vivido con ella casi diez años y a pesar de que le tenía afecto ahora veía con claridad que había compartido esos diez años con una extraña.

Enriqueta era bonita, inclinada sobre el plato se veía graciosa, a pesar de su gesto de disgusto. Decidió hablar con ella.

—Enriqueta, nunca pienses que eres fea, ni que estás perdida —dijo a manera de preámbulo.

Enriqueta lo miró con dureza.

—¿Por qué voy a pensar estupideces? —dijo con voz seca.

—No sé, de pronto la vida cambia, uno cambia, descubre que ha vivido engañado y engañando...

Enriqueta se levantó de la mesa con gran dignidad tratando de interrumpir aquella confidencia inoportuna.

—Por favor, no hagas discursos para decir que tienes una amante —dijo iracunda y abandonó el comedor con la cabeza en alto.

Miguel no terminó de comer. Todo le salía mal. Pasó la tarde intranquilo, los pensamientos más atroces lo invadían. Por la noche, angustiado, en vez de irse a la cama salió a la calle y se dirigió a la casa de Irene. No se explicaba porque la amenaza de la joven “¡Busca mi esquila en los periódicos!” lo había llenado de terror. “Son chiquilladas, chiquilladas”, se repitió varias veces antes de llegar a la casa de su amante. Cuando se encontró frente a sus rejas llamó con insistencia a la campanilla. Le pareció verla como la primera noche, llorando para que le abrieran y luego precipitarse dentro de su automóvil. “Estaba en peligro y no le creí, se dijo con amargura mientras continuaba tirando de la campanilla. Nadie acudía a su llamado; sin embargo las luces de la casa se encendieron.

—Será menester decirle la verdad. Confesarle que aquí no vive Irene —suspiró la señorita Clementina.

—Yo no tengo valor. Sal tú a decírselo —exclamó Rosalía.

—No cuentes conmigo para eso —respondió Clementina que lucía ya su camisa de noche.

—Pues no sé qué vamos a hacer. Hemos llegado demasiado lejos en esta mentira piadosa —le contestó su hermana Rosalía.

—En estos momentos necesitaría un cigarrillo turco, de aquellos perfumados que fumaba papá —exclamó Clementina dando pasos largos.

La señorita Rosalía entreabrió la puerta de la terraza.

—Soy yo, señorita Rosalía... —dijo Miguel con la voz agónica.

—¿Qué le sucede, señor?

—A mí nada. ¿Y ella? Irene... ¿cómo está? Siento que me llama, que me busca, que llora...

—No, no, nada de eso. Está muy bien dormidita en su cuarto. Mañana lo llamará... Ya casi va a amanecer...

—Ayer estaba tan nerviosa... que tengo miedo...

La señorita Rosalía bajó las gradas y se acercó a las rejas. La cara extraviada de Miguel la asustó.

— ¿Miedo de qué, señor? — preguntó asustada.

— No sé... las jóvenes son capaces de todo... hasta de suicidarse... ¡qué palabra atroz! Prométame que estará junto a ella todo el tiempo, señorita Rosalía.

La señorita Rosalía abrió la boca aterrada.

— ¡Prométamelo! — suplicó Miguel cogido a las rejas.

— Se lo prometo... voy con ella — y Rosalía se volvió a su casa de prisa y cerró la puerta con precipitación.

— ¿Qué pasa? Estás muy pálida — preguntó su hermana asustada.

— Que se va a suicidar...

— ¡Detenlo! ¡Pobre hombre!

— ¡No, él no! ¡Irene! — gritó Rosalía.

Las dos señoras se dejaron caer en un sillón.

— Hay que buscarla — exigió Clementina.

— ¿En dónde? Si él no es capaz de saber dónde se esconde, ¿cómo lo vamos a saber nosotras, dos pobres viejas?

— ¡Tú tendrás la culpa de esta tragedia! ¡Siempre fuiste una curiosa y una amante de las novelas! Ya sabía que esto terminaría mal, muy mal — acusó Clementina.

Miguel se levantó muy temprano. Estaba tranquilo y se sentía preso dentro de los muros de su casa.

— ¡Los periódicos!... ¿Qué pasa con los periódicos? — gritó.

Un criado se los entregó en silencio. Miguel los revisó en orden: primero las esquelas mortuorias en las que no apareció el nombre de su amiga. Luego leyó las páginas de los crímenes. Tampoco halló nada. Después las de política, su lectura fue infructuosa. Estaba seguro de que el periódico tenía la clave de Irene aunque él no lograba encontrarla. Se topó con las páginas de sociedad. ¡Allí la descubrió! Estaba vestida de novia, tenía la cara muy seria, llevaba las manos juntas y entre ellas sostenía un pequeño ramo de azahares. Pero, no era ella; la joven se llamaba Paulina y su boda con un industrial riquísimo se anunciaba como “la boda del año”. Paulina se había casado la víspera con ese imbécil llamado Pablo. Dejó caer el diario.

— Pablo... Pablo... — repitió incrédulo.

Volvió a examinar su rostro trágico, con la mirada baja. Cogió el diario y abandonó trastornado el comedor para salir rumbo a la casa de Irene. Al llegar allí, tiró con ira de la

campanilla y esperó. Vio venir nuevamente a la tía Rosalía dando pasitos por el caminillo de grava. Al acercarse la señorita, le mostró los diarios.

— ¡Mire! Se ha casado. Tiene otro nombre: Paulina. ¿Por qué no me lo dijo usted, señorita Rosalía? ¿Por qué me ha engañado?... Se casó ayer... ayer...

— ¿De verdad?... Perdone usted, señor, pero no sé cómo se llama... No la conozco... Mi hermana y yo sólo quisimos consolarlo, parecía usted tan enamorado, tan desesperado..., y estas chicas modernas son tan terribles...

Miguel le enseñó las fotografías y se agarró de las rejas como un náufrago. La señorita Rosalía lo miró con ternura y luego examinó el diario.

— ¡Ah!, pero si es la pequeña Paulina... Vive aquí muy cerca, en Montes Urales. Muy buena niña, muy buena. ¿Sabe usted, señor? Su familia es de mucha alcurnia, pero está arruinada... Si quiere usted yo iré esta tarde a charlar con una de sus nanas, ya sabe, ellas cuentan todo. Llámeme hoy por la tarde.

Miguel la escuchó atontado. De manera que aquella viejecita sí conocía a Irene, es decir a Paulina.

— Sí, vendré por la tarde... Gracias...

No volvió a su casa. Se dedicó a dar vueltas en su automóvil haciendo planes locos: iría a buscar a Irene, la obligaría a anular su matrimonio, él se divorciaría, el escándalo sería mayúsculo. No importaba, él no podía vivir sin ella. Al oscurecer volvió a la casa de la señorita Rosalía y tiró sin esperanzas de la campanilla. La viejecita salió de prisa y llegó a las rejas con aire confidencial.

— ¡Es una pena!... ¡Una tragedia!... La pequeña lloró mucho antes de salir para la iglesia, pero su mamá y su hermana se mostraron inflexibles. ¡Inflexibles! Se fue con su marido a Venecia, volverán a México dentro de dos meses...

— Dos meses... lloraba mucho... — repitió Miguel.

Se alejó de las rejas tambaleante, se alejó despacio, muy despacio, no llevaba rumbo...

PRIMER AMOR

“Siempre hay señores en los pasillos de los trenes”, pensó Bárbara cuando uno de ellos se ofreció a tomarla de la mano para ayudarla a cruzar de un vagón al otro. Pero Bárbara, su madre, agradeció con una inclinación de cabeza y rehusó la ayuda. En el vagón comedor Bárbara vio al señor que desde la mesa vecina observaba la manera como su madre comía una pera tan amarilla como las hojas del otoño. Más tarde, cuando ella daba carreras por el pasillo del vagón, el hombre la llamó:

— ¿Por qué está tan triste tu hermana? — le preguntó indiscreto.

Bárbara guardó silencio. Se sintió insegura. ¿Por qué su madre usaba mocasines y fumaba sin descanso? Las otras madres eran gordas y usaban sombreros de color marrón. Sin contestar se fue al compartimento y cogió su libro en donde las reinas vikingas daban órdenes con el brazo levantado a los príncipes de melenas rubias. El ruido de los brazaletes de oro de su madre al encender los cigarrillos la hacía levantar los ojos y mirarla inclinada también sobre un libro. “Está triste”, se dijo la niña mirando los cabellos rubios de su madre que caían lacios sobre sus hombros. Bárbara tenía un secreto, pero no podía decírselo al hombre del pasillo: su mamá estaba siempre triste. En la casa la observaba deambular por los salones fríos. La veía reflejada en los espejos, indiferente a lo que sucedía a su alrededor. Por la tarde las dos tomaban un té caliente y leían en el cuarto amarillo. Las dos se acostaban muy temprano y hablaban poco. Nadie le había dicho nada, pero ella sabía que su padre no amaba a su madre. “No la quiere”, y se quedaba sorprendida de su siempre nuevo descubrimiento. Un domingo se encontró sentada frente a su padre en *Au diable Rose*, un salón de té del mercado negro. El salón era color de rosa y una señora perfumada se acercó a ofrecerle galletas y chocolate. Bárbara se sintió acariciada en ese lugar silencioso que parecía un corazón de esencias inesperadas. Allí sólo sucedían pasteles y hermosas palabras apenas murmuradas. Miró a su padre con admiración. Éste se inclinó sobre ella y la miró largo rato con sus ojos claros:

— Bárbara, cuando crezcas trata de no parecerte a ella, para mí sería una catástrofe.

Sus palabras cayeron dentro de la tacita de chocolate como piedras. Se asombró de que la taza no hubiera caído en trozos. Los ojos de su padre la siguieron mirando con fijeza.

— No me pareceré a ella — prometió asustada.

— Somos irreconciliables. Tú debes ser mediterránea, como yo — le ordenó su padre.

Bárbara no comprendió. Lo miró interrogante, ya no tenía ganas de beber el chocolate.

— ¿Mediterránea?... — preguntó asustada.

— La barbarie es el Norte: significa la hipocresía, el puritanismo, la crueldad, en fin, no te parezcas a esa loca...

Volvió asustada a su casa. Por la noche los vio salir juntos. Bárbara, su madre, se inclinó sobre su cama para darle un beso: su traje azafrán, sus cabellos rubios y sus brazaletes de oro se la presentaron como a una de las reinas bárbaras de los cuentos que ella le había regalado. Le dio miedo. Detrás, su padre, con sus cabellos y su piel oscura, le pareció frágil y le produjo pena. Apenas salieron de su cuarto, Bárbara se miró en el espejo de la chimenea. ¿Por qué me pediría que no me pareciera a ella? Ahora, en el tren, la misma pregunta la distrajo de la lectura, miró a su madre con atención, inclinada sobre el libro, miró su falda escocesa y sus mocasines y preocupada volvió a la imagen de la reina vikinga que vivía en las páginas de su libro. Al anochecer llegaron a la costa. En la estación no las esperaba nadie. Nunca las esperaba nadie en ninguna parte. Bárbara cogió las maletas y echó a andar con paso firme. Caminaron un rato en silencio. La estación estaba en las afueras del pueblo. Soplaban un viento frío.

— ¿Estás triste, Bárbara?

Su madre se volvió a verla.

— ¿Yo triste? Nunca digas eso. Un general nunca está triste; a veces puede llorar a solas su derrota... — contestó aminorando la marcha.

En el hotel una mujer de pelo casi al rape las condujo a su habitación. Era la dueña, hablaba fuerte y tenía las manos rojizas. El cuarto era grande, con una cama enorme y una ventana que daba a las espaldas de la torre de una iglesia. La ventana olía a verde. Detrás de la torre las colinas verdes esparcían un viento perfumado.

— Cenaremos en el cuarto — ordenó su madre.

En el cuarto había un espejo, y mientras Bárbara miraba por el balcón, la niña, sentada en una maleta, miraba la imagen de su madre reflejada en el espejo: de sus espaldas y de su pelo lacio como flecos se desprendían la soledad y la tristeza.

— Mañana vamos a caminar mucho — prometió de pronto como quien promete un premio.

Bárbara no contestó. Estaba acostumbrada a las largas caminatas. Se diría que a su madre nada le gustaba tanto como caminar.

Las despertó el ruido de las gallinas; las dos saltaron de la cama contentas por el cielo claro y el cacarear de las gallinas. Salieron a reconocer el pueblo.

Se hallaron en una plaza triangular, adoquinada, en donde se levantaban la iglesia y la panadería. Bárbara buscó los cupones del racionamiento, y compraron un pedazo de pan, dentro del cual pusieron unas barras de chocolate que habían traído de América. Después se alejaron. En unos minutos se encontraron en el campo. Delante de ellas caminaban siete hombres extraños. Los siete eran rubios, con los cabellos crecidos, y algunas mechadas desteñidas por el sol se habían vuelto casi blancas; los siete vestían unos harapos verdes, rotos. En las espaldas, una P blanca enorme los marcaba. Los siete llevaban palas y zapapicos al hombro.

Caminaron un rato detrás de ellos. Luego los vieron detenerse, mirar en torno suyo y después inclinarse a trabajar en el camino roto.

—Son prisioneros alemanes —dijo Bárbara.

Al pasar junto a ellos se volvió sonriente y saludó:

—Gutten Morgen.

Los hombres se irguieron, las miraron con intensidad, y como movidos por un mismo impulso, las rodearon hablando en alemán.

—No, no somos alemanas —explicó Bárbara.

Los hombres se miraron y se echaron a reír. Uno de ellos se inclinó sobre Bárbara, la tomó en brazos y la levantó contra el cielo mirándola con sus ojos azules y curiosos. La niña vio su piel ardida por el sol y sus cabellos deshilachados, y una corriente extraña la unió al hombre que la sostenía en el aire y que la miraba con ojos brillantes y húmedos como gotas de agua. Cuando la depositó otra vez en el suelo miró los dedos de los pies asomando por los restos de unas botas, y se quedó súbitamente triste. El hombre se puso en cuclillas junto a ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con una voz extraña.

—Bárbara... ¿Y cómo te llamas tú?

Los hombres se echaron a reír y hablaron con voces sonoras como tambores por encima de su cabeza.

—¿Yo? Siegfried —contestó él, que estaba en cuclillas junto a ella.

La madre se sentó sobre una piedra y les ofreció cigarrillos. Los siete jóvenes se miraron asombrados y luego fumaron risueños.

—¿Cuándo vuelven a Alemania? —preguntó Bárbara mirándolos a uno por uno, asombrada de lo jóvenes que eran.

—Estaremos aquí trabajando hasta que se arregle la suerte de los prisioneros —contestó uno de ellos con voz baja. Los demás guardaron silencio. Parecieron de pronto muy tristes. La niña sintió que, como a su madre, tampoco los querían, y sin saber porqué, se quedó triste.

—No podemos hablar con nadie. Si la ven con nosotros le harán la vida difícil —dijo Siegfried mirando a Bárbara con unos ojos tan azules, que se dirían una raya brillante del cielo.

La joven alzó los hombros despectivamente.

—Yo hago lo que me da la gana —contestó tranquila.

Estuvieron así un gran rato, sin hablarse, sorprendidos ellos de la súbita compañía de la niña y de la joven que les ofrecía cigarrillos. Y ellas, de la juventud y miseria de los prisioneros.

—¿El mar está lejos? —preguntó Bárbara mortificada, pensando que los prisioneros no iban a la playa.

El corro de los siete hombres se atropelló para indicarle el camino al mar. Parecían todos dispuestos a lanzarse en búsqueda de la playa para servirla con prontitud. Sí, estaba lejos, ellos estaban abriendo un camino más corto que bajaría a la playa por entre los acantilados. Hicieron un movimiento como para lanzarse a mostrarle el camino; luego se detuvieron en seco y la miraron con ojos impotentes. Siegfried se golpeó la palma de la mano abierta con un puño cerrado, metió las manos en los bolsillos de su guerrera desgarrada y miró el suelo con obstinación. Bárbara comprendió que no podían abandonar su puesto de trabajo forzado sin arriesgar un castigo que ella no podía prever.

—No tiene importancia, lo encontraré en seguida —dijo risueña.

Se despidieron y, antes de irse, Bárbara sacó el paquete de cigarrillos americanos y se los tendió. El corro de jóvenes enrojeció violentamente; ella entonces, avanzó un paso hacia Siegfried y le colocó la cajetilla en el bolso de su guerrera; instintivamente el soldado le detuvo la mano y luego, como a pesar suyo, guardó la mano suave de la joven en la suya y la miró nostálgico a los ojos.

—Por favor, guárdelos —suplicó ella.

El soldado guardó silencio mientras la miraba hipnotizado. Los demás bajaron los ojos o bien miraron hacia el cielo, respetuosos del deslumbramiento que produjo sobre su compañero la joven pulida como un caracol de mar, que vestía con shorts y camisa azul marinos y llevaba el cabello rubio al viento. A ellos también, su presencia y su cercanía los llevó a sus días de libertad, a sus años familiares, y permanecieron melancólicos, prisioneros en la infamia de ser seres aparte de la vida cotidiana y amorosa que sucedía a su alrededor.

Bárbara y su hija se alejaron cabizbajas, miradas por los siete hombres que suspensos las vieron irse entre la verdura de las colinas. Caminaron así varias horas, ahora no querían ir a la playa. Las hierbas verdes perfumaban la mañana y abrían caminos inesperados en el aire plateado del cielo. Pasaron caseríos de tejados rojos y se detuvieron a mirar a los campesinos que guiaban las yuntas de bueyes lanzando alaridos que retumbaban en las laderas de las colinas.

—¿Son soldados? —preguntó de pronto Bárbara.

—Sí... “A enemigo que huye, puente de plata” —contestó Bárbara con voz rencorosa.

Los siete jóvenes rubios y desgarrados rompían la armonía de la mañana. El orden de la belleza bajo el sol contradecía la humillación infligida a los siete soldados que picaban piedras. Eran alemanes y no merecían el respeto ni la piedad de nadie: los habían vencido y ahora había que romper hasta su última dignidad. Su presencia acusaba una falta de parte de los vencedores.

En el camino de regreso pasaron otra vez cerca de ellos. Los siete hombres se alinearon a la orilla del camino y agitaron las manos.

– Auf Wiedersehn!

Bárbara buscó, desde su pequeña estatura, los ojos de Siegfried que miraban a su madre. Más tarde, en el comedor del hotel, le preguntó:

– ¿En dónde están ahora?

– Picando piedra – contestó ella con voz tranquila.

Los huéspedes del hotel las observaban. Casi todos los jóvenes iban vestidos de blanco y llevaban unas chalinas de seda al cuello. Sus ojos y sus cabellos brillantes contrastaban con los cabellos deshilachados y rubios de los prisioneros. Bárbara se empeñó en no mirar a nadie y ordenó a su hija que mirara exactamente a su plato.

Salieron a tomar el café a la terraza, bajo la sombra de los emparrados. Bárbara escogió una mesita alejada.

– Si quiere azúcar en el café son cincuenta francos extras por cuadrito.

Bárbara pidió muchos cuadritos para mojarlos en el café de su madre, y mientras mordisqueaba uno, volvió a recordar a los alemanes.

– ¿En dónde están ahora? – volvió a preguntar.

– Picando piedra – contestó ella con voz tranquila.

La dueña del hotel se acercó furtiva.

– Madame, me dijeron que había hablado usted con los alemanes.

Bárbara levantó los ojos y la miró atónita.

– Le suplico que no lo vuelva a hacer.

La joven señora no contestó. Nunca le había gustado que le dieran órdenes, y mucho menos órdenes que contrarioran sus deseos o sus principios. Desde una mesa vecina dos jóvenes morenos miraban la escena.

– Vamos al cuarto – dijo Bárbara a su hija poniéndose de pie y tomando a la niña de la mano.

En su habitación abrió la maleta en donde guardaba las golosinas que había traído de América: sacó varias pastillas de chocolate, algunos paquetes de galletas y cigarrillos, y decidida los metió en el saco de playa junto con los trajes de baño de ella y de su hija, y salió con su niña de la mano rumbo al lugar en donde se hallaban los prisioneros. Los vieron desde lejos picando piedra, inclinados bajo el sol de las tres de la tarde. Bárbara tuvo la impresión de que los jóvenes no se sorprendieron con su llegada. Su madre se sentó tranquila en una piedra. Los hombres detuvieron el trabajo y las miraron atentos. En medio de su cansancio, que no databa del trabajo reciente sino de mucho antes -como si hubieran atravesado días terribles que

habían quedado retratados en sus ojos-, las miraron llegar. Siegfried enrojeció y dio un paso hasta ellas.

– ¿Ya comieron? – preguntó Bárbara tratando de adoptar un tono de voz indiferente.

– Comemos a las seis... en la cárcel – contestó el joven con dignidad.

Bárbara esquivó mirarlos. Abrió su saco de lona blanca y sacó chocolates y galletas.

– Vinimos a comer el postre con ustedes – dijo tendiéndoles las golosinas.

Los alemanes se agruparon en cuclillas alrededor de ellas y cabizbajos comieron las galletas y los chocolates. Siegfried pasó un brazo alrededor del talle de la niña y la atrajo hacia sí. Bárbara se dio cuenta de que evitaba mirarla. Klaus habló de Hamburgo y de sus hermanos. No sabía nada de ellos. Los demás también ignoraban la suerte de sus familias. Estaban allí, esperando en un tiempo inamovible el destino que los estados les reservaran, separados de la vida y del afecto. Manfred se levantó las mechas rubias y mal cuidadas que le caían sobre los ojos.

– Mi madre y mis dos hermanas murieron incendiadas en el bombardeo de Dresde... Nunca el mundo volverá a ser lo que fue.

Desde ese día, Bárbara y su hija pasaban frente a los alemanes, de ida para la playa y de regreso al hotel. Se detenían un rato a platicar con ellos. Los hombres sabían la hora en que llegarían sus amigas y las esperaban escudriñando el camino verde que se abría paso entre las rocas y las colinas. A veces, al caer de la tarde, se entretenían un rato más con ellos y hacían juntos una parte del camino de regreso al pueblo. Era imprudente que los vieran llegar juntos. Los jóvenes se quedaban a un lado del camino, mientras ellas solas continuaban la marcha hasta el hotel. Siegfried se colocaba casi siempre al lado de la madre y miraba su perfil con los ojos bajos. Bárbara lo observaba también. Tal vez tendría veinte años. Sus hombros tenían todavía una delicadeza adolescente y, cuando inclinaba la cabeza, parecía un niño. Sus manos grandes, de palmas anchas, aún no eran las de un hombre. Su tristeza frente a la hermosura de las colinas no hacía sino que éstas se volvieran culpables de la suerte de aquel joven indefenso privado del amor. Los días de los siete jovencitos eran áridos, sólo los rodeaba la hostilidad estúpida de la gente.

– Las noches son más tristes que los días... – dijo Siegfried con los ojos bajos.

Bárbara lo miró apesadumbrada. Nunca había pensado lo que podrían ser las noches para aquellos jóvenes.

– Cuando empiece a oscurecer, envidio a mis camaradas muertos – dijo el joven mirando hacia el cielo en busca de los rostros de sus amigos invocados

– Todo se arreglará pronto. Volverá a su país, verá a su familia, estará en su casa, se enamorará y verá cómo las noches son tan radiantes como los días – le contestó la joven tocándole un brazo con la punta de los dedos.

Siegfried se volvió hacia ella y acarició con timidez el brazalete de oro que adornaba su muñeca.

– Usted es solar... de día y de noche...

Al decir esto sus ojos resbalaron por la piel dorada del brazo desnudo de su amiga y llegaron hasta las puntas húmedas y rubias de sus cabellos lacios.

La niña lo miró y vio cómo enrojeció su madre. La tarde se llenó de melancolía. Adentro de sus harapos, Manfred y Klaus también se pusieron profundamente tristes.

– Es mejor que nos despedamos aquí mismo... – dijo Bárbara tendiéndoles la mano.

Manfred se inclinó ante ella y se la besó. Después, todos repitieron el gesto. El último fue Siegfried que pensativo la miró alejarse. Apenas las dos hubieron desaparecido, los siete jóvenes se miraron entre sí y silenciosos emprendieron la marcha separados. Los siete pensaban en lo mismo: en el día en que el mundo les permitiera tomar la mano de una joven y caminar juntos por el campo. Estaban solos. En el ir y venir de los veraneantes vestidos de blanco, ellos, los prisioneros, formaban una pequeña mancha verde como el anuncio o el recuerdo de la soledad del hombre. Perteneían a algo que nadie quería ver ni recordar. Eran un reproche.

– Alemania está cerrada... – dijo una tarde Siegfried mirando al sol que se escondía detrás de las colinas.

Después Manfred había cantado en voz muy baja:

– Obs sturmt...

Su voz subió al cielo por una hendidura especial como si no cantara para aquí abajo, sino para un recuerdo de fuego que había caído sobre ellos y cuya experiencia fuera intransmisible. Las palabras de Siegfried y el canto de Manfred parecieron terribles. Ahora, de regreso al pueblo, la niña recordaba la frase y el canto, y sabía que fuera de ella, en algún lugar, el mundo no era naranja, azul y rosa pálido como en la playa, sino que había algo oscuro y aterrador que la acechaba. Se cogió de la mano de su madre y atravesó la plaza del pueblo. A esa hora la plaza estaba llena de gente tostada por el sol. Las mesitas rebosaban de conversaciones y trajes claros, los vasos tintineaban llenos de un agua verde clara. Las dos iban a buen paso tratando de no mirar a los curiosos que las veían pasar con ojos golosos. Un rato después los prisioneros, buscando las orillas oscuras, pasaban para dirigirse a la cárcel. Los veraneantes los miraban con desdén, a veces con hostilidad.

Bárbara y su madre se encontraban en su cuarto y leían un rato mientras llegaba la hora de cenar. Antes de bajar al comedor, se cepillaban el cabello y cambiaban los shorts por trajes claros y escotados. Los jóvenes las miraban ávidos. Querían hablar con las extranjeras que no querían hablar con ellos. Su hostilidad provocaba el efecto contrario en los huéspedes curiosos, que habían formado grupos y bandas que salían después a bailar hasta muy tarde.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó Bárbara levantando los ojos hasta alcanzar los ojos de su madre.

Esta la miró largo rato: en verdad no sabía qué harían sus jóvenes amigos en la cárcel. Recordó las palabras de Siegfried: “Las noches son más tristes que los días”... También para ella las noches eran tristes. Cuando el sol se ponía, se hallaba siempre sola frente a un mundo hueco y sin respuesta. A esa hora imaginaba que alguna vez visitaría la gloria y nunca más se enfrentaría a las sombras sin voces que la esperaban cada noche. Sus gestos, sus paseos y sus palabras diurnas le resultaban absurdas y huecas. Se imaginaba girando en un mundo mecánico e insensible a su persona y a su necesidad de comunicarse con algo tibio y cálido. A veces esperaba que su hija se durmiera y entonces lloraba. Pensó allí, en el comedor, que las lágrimas de Siegfried y de sus amigos debían ser más tristes porque eran más jóvenes y era más difícil que entendieran lo que tampoco ella entendía. ¿Cómo serían las paredes y las palabras de la cárcel? ¿Y por qué la cárcel? ¿Qué habían hecho sus amigos para merecer esa última separación? Cruzó el comedor con aire hostil: le repugnaban los jóvenes de cabellos brillantes que bebían y charlaban en voz alta. “Después de todo, ellos no combatieron”, se dijo, y escogió a los guerreros. Estaba leyendo cuando llamaron a su puerta. Abrió la puerta, curiosa.

—Queremos que venga con nosotros a la plaza... Se bailará la farandole.

Era uno de los jóvenes vestidos de blanco que la miraban todas las noches desde una mesa vecina. Tenía los ojos castaños y la voz dulce. Lástima que llevara siempre una bufanda al cuello, le daba un aire de guapo de película. Pero todos sus amigos cometían el mismo error.

—No puedo dejar sola a mi niña.

—¿Su niña?... —preguntó el joven mirándola con los ojos muy abiertos.

Bárbara sonrió satisfecha. El intruso sabría ahora que eran inútiles sus gestos y sus palabras. La niña, sentada en la cama, vio la camisa albeante del joven y hosca hojeó su libro; luego miró a su madre que lo miraba divertida. Pensó en sus amigos, los prisioneros, y un sentimiento de rencor inundó su pecho. ¿Por qué se reía su madre con aquel intruso?

El intruso se presentó:

—Claude Defarge.

El joven desapareció de la puerta. Bárbara vio cómo su madre cerraba la puerta con tristeza, como si la hubiera cerrado al mundo. Despacio, se dejó caer sobre la cama y pensó un rato. De pronto, se sentó frente al espejo, se pintó los labios y su imagen chisporroteó dentro del azogue. Se acercó al balcón abierto y escuchó la música que venía desde la plaza. La música entraba con fragmentos de risas, perfumada de mar, traída por una brisa húmeda.

—¡Ven! —exclamó Bárbara acodada a la ventana.

La niña saltó de la cama. Su madre la tomó en brazos y la hizo ver la calle adoquinada que llevaba a la plaza, y por la que circulaban del brazo hombres y mujeres riendo rumbo a la fiesta.

— ¿Vamos? — le preguntó.

Sin esperar respuesta, levantó a la niña en brazos, tarareó un vals y giró por el cuarto esquivando los muebles. Luego se detuvo, colocó a la niña de pie sobre la cama y le puso un mandil de encaje inglés blanco que le dejaba los hombros y la espalda desnudos. La puso frente al espejo para que se contemplara. Le cepilló los cabellos y colocó su rostro dorado por el sol junto al de su hija.

— Mira, somos iguales...

Su traje blanco de encaje inglés también dejaba desnudos sus brazos y sus hombros y la hacía extrañamente parecida a la niña.

— Vamos — dijo.

— No tenemos amigos... — dijo la niña asustada de hallarse sola con su madre en medio de extraños.

Bárbara la miró con ojos suplicantes.

— Tengo sólo veinticuatro años... — le dijo sin saber que la niña no entendería lo que ella quería decirle.

Se dejó caer en la orilla de la cama súbitamente triste.

— Antes pensaba que el mundo era como esta noche: lleno de música y de luces... No sabía que era una cárcel — dijo con los ojos y la voz tristes.

La palabra cárcel llevó a la niña a sus amigos alemanes.

— La cárcel es para los soldados — dijo a su madre para recordarle que sólo a ellos quería.

— ¿Sabes, Bárbara? También yo soy un soldado en la derrota...

— ¿Estás triste?... — preguntó la niña.

Salieron juntas de la mano. Caminaron la calle y cruzaron con dos sacerdotes jóvenes que hablaban de un juego de pelota. Caminaron detrás de ellos tratando de oír lo que decían. Discutían del juego con toda seriedad. Al llegar a la plaza se sentaron en una mesa apartada de la algarabía. Desde allí, melancólicas, miraban los corros que bailaban alegres. No había nada que comer, y de beber sólo pernod. Bárbara pidió uno y su hija la vio beber el líquido verdoso. Grupos de jóvenes de pantalones blancos las miraban. Bárbara le hizo una señal al camarero y éste se acercó.

— ¿Dónde está la cárcel? — le preguntó serena.

El hombre la miró como aturdido, luego levantó los ojos hacia un edificio de piedra gris que se alzaba en una esquina de la plaza a espaldas de ellas.

— Allí.

La madre y su hija miraron hacia las ventanas pequeñas y oscuras del edificio. El camarero se alejó.

— Allí están Karl, Manfred, Ernest, Klaus, Christian, Ric y Siegfried — dijo la niña mirando a su madre que a su vez miraba absorta las ventanas apagadas. Bárbara la vio bajar la vista y beber despacio su pernod; luego su tristeza cayó sobre la niña como una pared de polvo y la fiesta perdió el brillo de unos minutos antes. Se alejó para que ellas volvieran a su mundo en donde la derrota dejaba soplar su viento de banderas rotas.

De pronto se presentó Claude Defarge, sonriente, inclinado sobre la mesa, mirándolas con ojos asombrados.

— ¿Baila?... — preguntó mostrando sus dientes parejos.

Bárbara dudó unos minutos y luego se levantó decidida.

— Espérame, ahora vuelvo — le dijo a su hija que atónita la vio alejarse entre el torbellino de la gente.

La niña se quedó sola mucho rato. Su madre la traicionaba y traicionaba a sus amigos. Se volvió al hotel. La entrada estaba iluminada y los pasillos oscuros. Sin miedo abrió su cuarto y buscó en las maletas unas barras de chocolate; después volvió a la calle, se abrió paso entre los corros que bailaban alegres y se dirigió a la cárcel. En la entrada del edificio había dos individuos de uniforme y de bigote. Los guardias la miraron curiosos, luego se miraron entre ellos. Uno de ellos se inclinó sobre la niña.

— ¿Qué quieres?

— Quiero ver a Siegfried — contestó ella segura.

— ¿El boche?... No se puede..., está encerrado — dijo el hombre con voz divertida.

Su compañero la miró con curiosidad, pero ella no perdió el aplomo.

— Quiero ver a Siegfried — contestó en voz más alta.

Los guardianes se echaron a reír y ella entonces se sentó en el borde de la banqueta a esperar que terminaran sus bromas. Los guardias la miraron curiosos. ¿Qué pretendía la mocosa? Hablaron entre ellos impacientes porque la presencia muda de la niña les impedía disfrutar de la fiesta que sucedía a unos cuantos metros de ellos. Al cabo de un rato uno se acercó a la niña.

— ¡Vamos! ¿Qué esperas?...

— A Siegfried — contestó segura.

— Te digo que está encerrado...

La niña miró los adoquines. A la vuelta de la esquina, sobre la plaza, la gente continuaba el baile. La música y los tamboriles llegaban hasta allí repiqueteando. Los hombres volvieron a hablar entre sí preocupados. Se acercó el otro y se inclinó sobre Bárbara.

– ¿Vas a esperar hasta mañana?

– Sí – dijo Bárbara escondiendo los chocolates entre los pliegues de su mandil blanco.

– ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? – le preguntó el hombre intrigado por su terquedad.

– De Alemania – contestó ella sabiendo que esa palabra era importante decirlo.

El hombre corrió hacia su amigo y Bárbara vio que, después de unas frases, desaparecía por la puerta abierta y oscura de la cárcel. Al poco rato, el que quedaba allí se acercó a ella.

– Ven.

La cogió de la mano y la condujo al interior del edificio. Entraron por una puerta y se encontraron en una habitación de piso de madera sin pulir en donde había dos sillas y unos armarios polvorientos.

– Ahora viene.

Bárbara esperó en silencio bajo la vista del guardián que la miraba curioso. A los pocos instantes, entró Siegfried acompañado del otro guardia. Al verle allí, de pie, muy serio, el joven prisionero se quedó mudo por la sorpresa. Bárbara corrió a abrazarse a sus piernas de pantalones rotos. El joven se arrodilló junto a ella y la tomó en sus brazos sin decir una palabra. Los guardianes los dejaron solos.

– Mamá se fue a bailar y yo te traje chocolates – le dijo la niña sacando las tablillas y ofreciéndoselas.

Siegfried la volvió a abrazar sin pronunciar palabra. Le dio un beso en los cabellos y permaneció así largo rato. La niña le guardó los chocolates en los bolsillos de su guerrera rota.

– No quiero a mi mamá... – le dijo confidencial.

Siegfried la separó de su rostro y la miró a los ojos con su mirada seria.

– ¡Ttt!... Mami te está buscando entre la gente... La vemos desde la celda – le dijo en tono de reproche.

Bárbara levantó los hombros.

– No me importa.

El joven la tomó por debajo de los brazos, la levantó en el aire y la miró largo rato; luego la sentó sobre su hombro.

– Ahora vas por mami. Mañana nos vemos todos – prometió.

Siegfried llamó a los guardias y la entregó a ellos. El que había ido a buscarlos se quedó con él, mientras su compañero llevaba a la niña hasta la puerta. Bárbara volvió a encontrarse en la calle, rodeada de desconocidos que ignoraban su presencia. Entró a la plaza bulliciosa y buscó la mesa en donde hacía un rato se había sentado con su madre. Estaba segura de que Siegfried y sus amigos la miraban desde una de las ventanas de la cárcel y esa invisible compañía la hacía

sentirse menos sola. Vio a su madre que la buscaba entre la gente, y luego la vio acercarse a ella acompañada de Claude. Al verla se precipitó:

– ¡Bárbara! ¿A dónde fuiste?...

Claude Defarge la miró con reproche.

– A ver a Siegfried. Está muy triste porque bailas con ése – dijo señalando al joven que la miró súbitamente enojado.

Su madre volvió la cabeza hacia el muro de la cárcel y luego ordenó con calma.

– Vamos a dormir.

Volvieron al hotel. Hasta el interior del cuarto llegaban los redobles de los tamboriles.

– Yo sólo quiero a Siegfried – dijo la niña mirando las espaldas doradas de su madre.

– Yo también – contestó la madre con simpleza.

En la playa ya no pudieron separarse de la compañía de Claude y de su primo Phillipe. Siempre estaban junto a ellas, hablando, riendo; conocían a todos los veraneantes y alrededor de Bárbara y su madre se formó un coro de gente joven y ruidosa. Las llevaban en automóvil a los pueblos vecinos, a tomar aperitivos y a presenciar partidos de frontón. Cuando los días eran lluviosos se refugiaban en el Casino en donde las tías de los jóvenes las invitaban a sus mesas. Claude y Phillipe conocían a todo el mundo y su vida mundana y elegante no cesaba nunca. Rara vez hablaban de la reciente guerra, y cuando lo hacían, sus voces se volvían desdeñosas, como si quisieran ridiculizar a sus adversarios. Era un tema que en realidad no les interesaba.

Si Bárbara llevaba la conversación por ese rumbo, al llegar al desembarco americano sus amigos enrojecían de ira. “¡Ah, esos salvajes!”... comentaban. Frente a la playa, sobre los acantilados, se distinguían las cajas de píldoras construidas por los alemanes; detrás de los muros de roca que limitaban la playa estaban trabajando los prisioneros, sus amigos. A veces, cuando Bárbara se lanzaba al mar, pensaba en ellos con remordimiento. Ahora para verlos se escabullían a la hora de la siesta, cuando la marea cubría toda la arena y sus olas se estrellaban contra las rocas. Salían de prisa y se dirigían adonde los prisioneros picaban piedra. Los jóvenes las sentían llegar y suspendían el trabajo para verlas venir. Después, cuando ellas se sentaban sobre las piedras, las rodeaban y hablaban poco. Sabían que sus amigas ya no estaban solas. Bárbara se sentía culpable. Hubiera querido hacer algo por ellos, pero no podía ni siquiera decir una palabra en su favor. Miraba sus pieles ardidadas por el exceso de sol y de viento y una especie de vergüenza la embargaba. Apenas se atrevía a mirar a Siegfried que, desde lo más profundo de sus ojos azules, la observaba.

– Nos vinimos corriendo... – anunció una tarde la niña.

Los jóvenes apenas sonrieron desde sus uniformes verdes que se volvían grises poco a poco; con sus cabellos rubios cubiertos de un polvillo blancuzco de la piedra, parecían seres condenados a desaparecer en la sequía.

—Nos tuvimos que escapar de Claude —añadió la niña.

Bárbara lanzó su cigarrillo con ira.

—Hay que hacer algo, no es posible que ustedes sigan así...

Miró a Siegfried apoyado en el zapapico y luego miró a los otros: tenían los labios resecos y partidos por el polvo, parecían infinitamente cansados. Ninguno hablaba ya de sus estudios ni de sus familias. Siegfried apoyó la barbilla sobre el mango del zapapico como si reflexionara.

Bárbara miró a su hija y se miró a sí misma: las dos parecían salidas de un lugar fresco y almidonado, sus pieles pulidas por el mar brillaban intactas junto a la tela blanca de los shorts. Una distancia enorme las separaba de los jóvenes vencidos y harapientos y no sabía cómo cruzarla. Ni siquiera se atrevía a hacerles regalos para no acentuar la diferencia de mundos en la que se movían. Ahora era la niña la que llevaba los cigarrillos y los dulces que ellos aceptaban sumisos. Pensó que, cuando volvieran a la ciudad, ellos se quedarían allí picando piedra, más solos y más sin esperanzas que antes de su amistad. Levantó la mano y la pasó por los cabellos de Karl que se había sentado cerca de ella. El joven se dejó acariciar y sus amigos guardaron silencio cabizbajos. El recuerdo de los relatos de las batallas le llegó en medio del sol de las cuatro de la tarde y los miró estupefacta: eran sobrevivientes de una experiencia terrible. Había muchos que habían enloquecido bajo los millares de aviones que los bombardeaban. Ahora estaban frente a ella como habitantes de otro planeta, con sus ojos claros, mirando al mundo silencioso, inmóviles en el desamparo.

La niña sintió también la profunda extrañeza de la tarde y se quedó quieta junto a Siegfried. No quería volver al hotel ni quería ir a la fiesta a la que estaban invitadas. Tampoco lo deseaba su madre.

—¿Nunca les permiten ir a la playa? —preguntó Bárbara tratando de volver casual su pregunta

Manfred se echó a reír con una risa apagada. Los demás movieron la cabeza. Siegfried dejó de construir la casa de piedras que hacía en esos momentos para la niña y levantó los ojos asombrados. Después continuó el juego. Adentro de la casa vivirían él, la niña y la madre. Bárbara introdujo los dedos como si fueran piernas que caminaran, él hizo lo mismo y los dos se instalaron en la casita que vivía en un país lejano en donde no existía la ira.

—¡Ven a vivir con nosotros! —gritó la niña a su madre

Todos se agruparon alrededor de la casa y pidieron asilo. Las manos de Siegfried, de Bárbara y de su madre entraban y salían por los huecos dejados para puertas y recibían a los amigos. Al oscurecer, después del juego, volvieron juntos al pueblo. Caminaban en grupos:

Siegfried al lado de ella, silencioso. Manfred del otro lado del camino. Detrás, la niña acompañada de Karl y Ric, y cerca de ellos, Ernest, Christian y Klaus. Todos miraban el sol anaranjado que en esos momentos corría sobre los montes verdes inventando lagos y espejos. En lo alto, el cielo iba de un azul a otro, sin una nube, con los pinos reflejados en su superficie lisa.

*Wie mein Gluck ist meiti Leid
Willst du im Abendrot
Froh dich badén? Hindweg ist's,
Und die Erd ist kalt,
Und der Vogel der Náchí schwirrt
Unbequem vor das Auge dir.*

La estrofa de Holderlin dicha por la voz profunda de Siegfried subió por las colinas rojizas que en ese instante empezaban a palidecer; la brisa fría del mar sopló sobre ellas y el grupo de jóvenes guardó silencio. Podían compartir la belleza de la tarde y la melancolía de la noche que se aproximaba. Bárbara se volvió al joven.

—Gracias por compartir esta tarde conmigo — dijo convencida de que había podido aceptar la belleza sin amargura.

—Es más difícil soportar solo a la belleza que al dolor — dijo el joven deteniéndose frente a ella y mirándola directamente a los ojos.

Sus amigos se habían quedado unos metros atrás en un recodo del camino. Bárbara sintió la soledad del anochecer alrededor de ellos y sólo vio fulgar los ojos azules del muchacho que se acercaron peligrosos hasta los suyos. Sintió las manos del joven sobre sus hombros desnudos y el roce de sus labios sobre los suyos. Pasó un automóvil junto a ellos y aminoró la velocidad, casi se detuvo.

—¡Cochinos nazis! — gritó una mujer asomada por la ventanilla, y para acompañar el gesto a la palabra, escupió sobre Bárbara.

El coche arrancó en ese mismo instante y ella se quedó allí limpiándose la saliva de la cara. Siegfried enrojeció violentamente, iba a decir algo cuando sus amigos aparecieron llevando a la niña de la mano.

Al ver a Bárbara comprendieron lo sucedido.

—No la deben ver con nosotros — dijo Klaus avanzando hasta ella y mirándola impotente.

—¿Qué te pasa, mamá?... — preguntó la niña corriendo hasta ella.

—Nada... me escupieron — dijo con voz fría Bárbara que en ese momento sentía no poder contener las lágrimas que involuntarias corrían por sus mejillas.

—Váyanse —ordenó Siegfried a sus amigos haciéndoles señas de que se llevaran a la niña para evitar que viera el llanto de su madre.

Los jóvenes echaron a andar con la niña de la mano, que se dejaba llevar sin volver la cabeza. Sabía que había ocurrido algo horrible, aunque no supiera bien quién ni porqué había escupido al rostro de su madre. Caminaron así un rato. De pronto se volvió para mirar las siluetas de ella y de Siegfried que brillaban luminosas contra el ocaso, como si una aureola rodeara sus cabellos rubios y sus cuerpos dorados por el sol. Venían muy atrás. Frente a la niña y sus amigos aparecieron los primeros tejados del pueblo.

—Usted, Bárbara, es mi primer amor... —dijo Siegfried con los ojos bajos cuando sus amigos caminaban adelante.

—Y usted es el primero que me ama —contestó Bárbara casi con vergüenza frente a aquel jovencito que la miraba intensamente.

El joven recogió una brizna de hierba que se había quedado entre los cabellos de ella, la puso sobre la palma de su mano abierta y la sopló con delicadeza.

—Eso soy yo para usted —dijo melancólico.

—¿Usted?... No, no es la hojita que se quedó en el hombro de Sigfrido —dijo ella tratando de aligerar la conversación que se volvía peligrosa.

Él guardo un silencio interrogante.

—Usted es Sigfrido, el guerrero —dijo ella convencida en aquel momento de lo que decía.

Más tarde, en su hotel, no pudo dormir. Era absurdo dejarse amar por aquel niño. Sin embargo, ella no lo había provocado, había sucedido solo, a pesar de ella. Recordó sus ojos claros y sintió ganas de llorar. El escupitajo de la mujer había producido un efecto extraño: se había sentido unida a él por la ira estúpida, por el repudio de aquella mujer que confundía su propia fealdad con cosas externas e independientes a ella misma. El hecho de que la hubiera integrado en su odio a aquellos jóvenes, la unía a ellos de una manera misteriosa. Nunca podría separarse ya de los agredidos. La agresión la había vuelto igual a ellos. Se durmió con la sensación extraña de que un lazo misterioso la unía a Siegfried y a sus amigos. Su hija también sabía que algo muy importante acababa de sellar su amistad con los alemanes. Silenciosa se acostó junto a su madre y pensó en cómo la miraba Siegfried. Quiso saber qué era lo que el joven admiraba en ella y recordó contenta que le había dicho que se parecía a su madre como una gotita de agua se parece a otra gota.

Al día siguiente, en la playa, Bárbara esperaba con ansias la hora de la comida, para luego volverse allí. Claude y Phillipe la rodearon alegres, pero ella apenas oía su conversación. Claude trató de hacerle reproches: la noche anterior los había dejado plantados. La había esperado hasta muy tarde para ir a la fiesta de Silvie. Bárbara los oía sin entenderlos. Pensaba en Siegfried y en sus amigos que a esa hora estarían como siempre: picando piedra para abrir

un camino más corto a aquella playa que nunca visitaban. La niña, junto a ella, construía una casita de arena parecida a la que había construido la víspera con Siegfried.

– ¡Qué bonita casa! – dijo Claude, tratando de hacerse el simpático a aquella criatura que lo miraba con hostilidad.

– Es la casa para Siegfried, mi mamá y yo – dijo muy seria.

– ¿Siegfried?... – preguntó Claude.

– Ya tenemos dos: una en el campo y otra en la playa – dijo la niña mirándolo con sorna.

Al volver al pueblo Claude y Phillipe las subieron en su automóvil. Parecía que sospecharan algo, pues en lugar de tomar el camino habitual, para llegar al hotel tomaron una desviación y pronto se encontraron cerca del lugar en donde trabajaban los alemanes. Claude manejaba sin prisa, como si buscara algo o reconociera el lugar. Bárbara, al ver el rumbo que tomaban, miró a su amigo de reojo y enrojeció violentamente. La niña se enderezó en su asiento, alerta. En un instante se hallaron frente a ellos. La niña los llamó por su nombre y ellos se irguieron asombrados. Bárbara se inclinó y sacó la mano para decirles adiós.

Los alemanes se quedaron de pie, mirándolas pasar.

– No entiendo cómo puede decir adiós a esos salvajes – reprochó Claude con rencor.

– Son soldados amigos míos – dijo ella muy seria.

– ¿Amigos? ¿Usted es nazi, Bárbara? – preguntó Claude desagradablemente sorprendido.

– ¿Nazi?... – Bárbara se echó a reír.

Claude pareció furioso. Phillipe también la miró disgustado. Se hizo un silencio embarazoso. Los tres estaban enojados: ella había comprendido que la habían hecho pasar por allí con intención y su gesto indiscreto la enfureció; ellos por su parte pensaban que era indigno de una señora hablar con aquellos sujetos desharrapados.

– Hubo nazis cuando Hitler estaba victorioso... y hubo muchos. Ahora sólo se trata de jóvenes soldados vencidos. “A enemigo que huye, puente de plata” – dijo Bárbara con reproche y mirando con sorna a los jóvenes elegantes que iban con ella en el automóvil.

Al llegar al hotel la amistad se había enfriado notablemente. En el comedor evitaron cruzar miradas. Phillipe, ostensiblemente, se dirigió a invitar a tomar el café a otra huésped y Claude los acompañó hasta la terraza. Desde allí lanzaba miradas furtivas a la extranjera que abstraída en sus pensamientos había olvidado su existencia

Bárbara tuvo la certeza de que Phillipe había contado a todos los huéspedes su amistad con los alemanes pues, de todas las mesas, la miraban con hostilidad las mismas personas que unas horas antes le sonreían amables. Se sintió terriblemente sola y terriblemente extranjera en medio de aquellas mujeres escotadas y aquellos hombres que llevaban todos unas bufandas en la garganta y hablaban acalorados de la magnificencia del menú de mercado negro, mientras

bebían con deleite el café sudamericano. Casi a punto de llorar subió a su habitación. No le importaba el silencio de la gente. Por ella no cambiaría a Siegfried, al que debía un amor, ni por los otros, a los que debía una amistad.

— ¿Estás triste, mamá? — preguntó Bárbara mirando a su madre.

— ¿Yo triste?... Estoy enojada — contestó ella levantando la cabeza y mirando los pinos altos que se erguían por detrás de la torre de la iglesia.

Alguien llamó en esos instantes a la puerta.

— ¡Adelante! — dijo Bárbara con voz dura.

La señorita Gabrielle entró de puntillas y luego se quedó mirándola sin saber qué decir. Bárbara vio su figura avergonzada, sus manos rojas por el trabajo y sus cabellos absurdamente cortos que la hacían aparecer ridícula.

— ¡Mire!... — dijo la mujer llevándose la mano a los cabellos y tocando sus puntas.

Bárbara permaneció boquiabierta, no entendió lo que la mujer quería decirle.

— ¡Mire!... Ya están creciendo. A él lo mataron... No los vuelva a ver — dijo en voz muy baja

Bárbara comprendió: la señorita Gabrielle había colaborado con los alemanes y tras la Liberación, la habían rapado como castigo.

— ¿Colaboró? — preguntó también en voz baja.

— No. Viví con un alemán... Lo amaba y lo mataron — dijo con voz idiota aquella mujer que parecía incapaz de amar a nadie o de ser amada por nadie.

— ¿Vivió con él?

— Sí, pero no colaboré. Los colaboradores son ellos — dijo la señorita Gabrielle apuntando con el dedo índice hacia abajo.

— ¿Ellos?

— Sí. El señor Defarge, el señor Duelos, el señor De France, por eso tienen miedo y... millones — dijo casi en un suspiro la mujer.

Bárbara le ofreció un cigarrillo para calmarla, pues parecía presa de pánico.

— No se preocupe por mí, soy extranjera — dijo con calma.

— No se sabe jamás... Es mejor que no los vuelva a ver — dijo la mujer recordando algo que todavía la aterraba.

Bárbara guardó silencio. Su hija miraba a la señorita Gabrielle con los ojos muy abiertos.

— ¿No podemos ver a Siegfried? — preguntó.

— No, mi niña, no pueden. Les podría suceder algo a ellos... — dijo la señorita Gabrielle mirando aterrada a Bárbara.

— Todo acaba de suceder hace apenas unos días. Hace apenas unos días él estaba aquí... Luego se lo llevaron todos... lo iban matando en el camino..., lo arrastraron por la plaza.

La niña y su madre la escucharon en silencio y la vieron salir de pronto de la habitación tocándose los cabellos cortos. Cerró la puerta y sus pasos huyeron por el pasillo. Se sintieron oprimidas por la confidencia de la mujer. En realidad no sabían qué decidir; se acodaron en la ventana y contemplaron largo rato el cielo y la torre de la iglesia. Sin embargo, debían ir a verlos, sobre todo después de haber pasado frente a ellos en el automóvil de los otros, pero... la seriedad de la señorita Gabrielle las paralizaba. La madre cogió un libro y se tendió a leer, pero no entendía la lectura; las palabras le llegaban huecas: pensaba en Siegfried y en sus amigos que a esa hora estarían como siempre picando piedra. Era curioso; cuando no quería pensar en nada, cuando se sentía desorientada como ahora, nunca se le ocurría pensar en su casa ni en su marido. Su marido había permanecido como el ser más extraño de su vida, como el personaje que la había vuelto también extraña al mundo. Su desconocimiento la había lanzado a aquella soledad en donde no hallaba asidero. Quiso salir corriendo y lanzarse al cuello de aquel joven por quien la habían escupido la víspera, y en lugar de hacerlo, cerró el libro de un golpe y hundió la cabeza en las almohadas.

— ¡Bárbara, vamos a dormir una siesta!

La niña se recostó en la cama y observó cómo su madre se dormía a los pocos instantes. Apenas la vio dormida salió de la habitación, bajó las escaleras corriendo, atravesó el vestíbulo del hotel bajo la mirada indiferente de los huéspedes y se dirigió al camino que conducía a sus amigos. Llegó corriendo. Los vio desde lejos inclinados; sus uniformes verdes sobre la piedra amarilla la llenaron de emoción. Se plantó entre ellos, que la miraron sonrientes; sólo Siegfried le pareció que la miraba con asombro, como si preguntara “¿Y por qué no vino?” La niña se apresuró a contestar la pregunta que el joven le hacía con la mirada.

— Está dormida.

Siegfried se sentó sobre una piedra y jugó un rato con las piedras pequeñas, abstraído, dejándose mirar por la niña y sus amigos. Bárbara contempló sus manos doradas por el sol: todo lo que se refería a él la intrigaba profundamente, sus menores gestos eran misteriosos y significativos. A través de él descubría planos, luces y palabras cargadas de un misterio desconocido. Siegfried era tan impenetrable como los personajes de los cuentos vikingos que le había regalado su madre. No entendía porqué estaba allí prisionero en lugar de huir en un velero entre las rocas y el mar. Ella se iría en ese mismo barco hasta el país de los vikingos.

— ¡Siegfried!

El joven levantó los ojos y vio que Manfred le hacía señales de que hiciera caso a la niña que lo miraba dolida.

— ¡Ven!

Bárbara se acercó a él, y Siegfried la sentó a su lado. Los otros suspendieron el trabajo para rodear a los dos amigos.

— La señorita Gabrielle le contó cómo mataron a su amigo alemán y mi mamá se durmió — dijo Bárbara a modo de explicación.

Jugaron un rato y luego volvieron al trabajo. Bárbara les ayudaba a transportar piedras pequeñas que ellos le entregaban. Allí, en el campo, al descubierto, sin objetos a los que asirse, ni intereses, ni pasado ni futuro, los menores gestos se cargaban de importancia. Bárbara no olvidaría nunca sus voces ni sus gestos. Mientras rompían las piedras les iban poniendo nombres preciosos para regalárselas a ella.

— Esta esmeralda es para Bárbara — y le pasaban una piedra que ella atesoraba en la orilla del camino.

Cada regalo tenía una historia secreta. A veces era Siegfried el que le pasaba el secreto y a veces eran Klaus o Christian.

— ¿Avisaste a tu madre que venías con nosotros? — le preguntó súbitamente Ric.

— Sí... le avisé — mintió Bárbara.

— ¿Ella vendrá por ti? — preguntó Siegfried esperanzado.

— Sí... si la deja la señorita Gabrielle...

— ¿Quién es la señorita Gabrielle? — preguntó Christian.

— A la que le mataron a su amigo alemán... — dijo Bárbara en voz baja.

Los jóvenes se miraron entre sí y guardaron silencio.

— Le contó a mi mamá que lo arrastraron por la plaza... — dijo Bárbara mirando en derredor suyo, como si tuviera miedo.

— La señorita Gabrielle tiene mucho miedo — dijo escuchando la tarde rosa que giraba sobre sus cabezas en silencio. Los miró a cada uno.

— Yo no tengo miedo — afirmó en el silencio que guardaban sus amigos.

— Si no viene tu mamá, volverás con nosotros — decidió Siegfried, mirando también la tarde que zumbaba quieta alrededor de ellos.

La cogieron y la llevaron lejos del camino, casi oculta detrás de unas rocas que rompían. Hasta allí le llevaban después las piedras recién bautizadas por ellos. Debía ocultarse y ocultar sus tesoros para que no vinieran los malos a robárselos. Pero Bárbara sabía que no era por sus tesoros por lo que la ocultaban; sin embargo, aceptó el juego. Desde detrás de su escondite los espía sonriente, contenta de tener una complicidad con ellos. Desde allí los vio mirar el cielo buscando al sol, que lentamente giraba por el cielo, siguiendo siempre las cabezas rubias de los alemanes. De las piedras brotaba un calor seco que bebía la humedad que llegaba de la playa

invisible. Siegfried, de cuando en cuando, escrutaba el camino abandonado. “La está esperando”, se dijo la niña al ver la frecuencia con que su amigo miraba hacia el punto por donde debería aparecer su madre. Pensó que él la quería, más que ella a él, y se sintió triste. Lo llamó y el joven acudió cortés.

—Siegfried, yo te quiero mucho.

El muchacho le revolvió los cabellos como si jugara con un gato y luego fue en busca de una piedra preciosa.

—Este es mi corazón —le dijo serio.

La niña lo guardó en el bolsillo de sus shorts. Cuando llegara a su casa lo guardaría en una bolsita roja de terciopelo que le había cosido su madre para que jugara a la señora. Allí guardaba la pierna de celuloide de un muñequito que se había ahogado en su tina y un escarabajo seco que se había encontrado en la Square Lamartine. De pronto la oyó venir corriendo. Sus sandalias golpeaban el camino precipitadas. Asomó la cabeza y vio a Siegfried salir a su encuentro también corriendo. Los vio que al acercarse hablaban unos instantes y luego el joven le pasaba un brazo alrededor de los hombros y ella ocultaba la cabeza sobre la guerrera desgarrada como si fuera a llorar. Así estuvieron unos minutos. Después su madre pareció reponerse y avanzó con su amigo hasta el lugar en que los otros trabajaban. Todos la esperaban sonrientes.

—Allí está, escondida detrás de las piedras. Es muy rica, por eso se esconde —dijo Klaus.

Bárbara llegó junto a la niña y la miró largo rato.

—Me asusté mucho —le dijo.

—Te dormiste y me vine... —dijo Bárbara, contenta de ver que su madre se había asustado por su ausencia.

Se sentó junto a su hija, oculta también por las piedras, y allí permaneció largo rato preocupada. En cambio Siegfried parecía radiante. Se sentó frente a ella sin decir palabra. Bárbara sacó la piedra del bolsillo de sus shorts y la mostró a su madre.

—Mira, es el corazón de Siegfried, me lo regaló —dijo orgullosa.

El joven bajó los ojos y luego acarició la punta de los dedos de Bárbara que se asomaban por las correas de las sandalias. La madre cogió una piedrecita y la entregó al joven.

—Este es el mío —le dijo.

Él miró la piedra largo rato y luego se la echó en el bolsillo cerca de su pecho. Después la madre y la niña decidieron volver al pueblo. Las palabras de la señorita Gabrielle habían asustado a Bárbara. Siegfried salió hasta el camino a despedirlas. Hizo una reverencia y besó la mano de la joven. Esta, aturdida, lo cogió por los hombros y le dio un beso furtivo sobre los labios resecos por el polvo y ardidos por el sol.

—Siegfried, usted está hecho del pedacito de piel cubierta por la hoja de tilo —le dijo mirando los ojos azules del joven que brillaban intactos en el resplandor de la tarde.

—Muy bonito lo que me dice —dijo aceptando su vulnerabilidad.

Se quedó mirándolas alejarse y luego volvió con sus amigos que lo esperaban cabizbajos.

Por la noche, cuando Bárbara y su madre se preparaban a dormir, llamaron a su puerta. Era Claude, venía descompuesto y miró a Bárbara con ojos centelleantes. Desde su cama la niña vio el fulgor oscuro de los ojos del joven.

—Necesito hablar con usted —suplicó.

Bárbara le hizo señales de que la niña podía oírlo. La tomó por la mano y la sacó al pasillo.

—Volveré dentro de una hora —dijo en voz colérica.

La joven lo vio irse alto y decidido por el pasillo, sin volverse una sola vez. Ella entró a su habitación y cerró la puerta pensativa. Sintió que su hija la observaba con hostilidad. Se quitó el traje y se metió en la cama.

—Vamos a dormir —dijo apagando la luz de un golpe.

Pero no podía dormir, estaba segura de que Claude regresaría y llamaría a su puerta. No le gustaban las maneras atrevidas de su amigo. Había cometido un error en salir aquella noche a la Jurándole. Aunque, se consoló, tarde o temprano hubiera tenido que hablar con él. Le molestaba que volviera a su cuarto tan tarde. Tendría que salir de la habitación para evitar la discusión en su puerta. ¿Y qué discusión? No lo sabía, pero adivinaba que habría alguna. Entreabrió los ojos y vio que la niña la miraba desde lo oscuro. Prefirió no hablarle y hacerse la dormida. Al cabo de un rato oyó la respiración acompasada de su hija que dormía. Con infinitas precauciones se deslizó de la cama, se volvió a vestir y esperó. Pronto alguien llamó apenas con los dedos; abrió la puerta y salió de prisa. La cerró con gran cuidado.

—Nunca he hecho esto —dijo a Claude en tono de reproche.

—Vamos —dijo él.

—¿A dónde? No puedo dejar sola a la niña.

—Espéreme.

Claude corrió por el pasillo y volvió a los pocos instantes con la señorita Gabrielle.

—Ella va a cuidar a la niña mientras nosotros volvemos, ¿verdad, señorita?

La señorita Gabrielle aceptó sin reprochar. Entró de puntitas a la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Claude cogió a Bárbara de la mano y la sacó de prisa hasta su automóvil.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bárbara asustada.

– A casa de mi prima Silvie.

Corrieron por la noche marina. El viento yodado se pegaba a los cabellos y humedecía la piel. Claude estacionó el coche cerca de unas rocas y bajó. Bárbara hizo lo mismo. Sabía que la casa de Silvie estaba entre una colina y las rocas. Tomaron un caminillo pedregoso que olía a orégano y a yodo, y de pronto se hallaron en una especie de terraza formada por las rocas. Desde allí se veía muy abajo y brillante el mar. Arriba, el cielo profundo e infinito. La belleza del lugar hizo que Bárbara pensara en Siegfried y en que le gustaría compartir la belleza con él. “Es más difícil soportar solo la belleza que el dolor”, le había dicho en la víspera. Y Bárbara sintió que no podría soportar la hermosura de aquella noche suspendida en mitad del cielo y del agua. Sintió cuando Claude se acercó a sus espaldas para tratar de besarla. Se volvió brusca.

– ¡No, Claude!

El joven la miró con ira.

– ¡Coqueta!..., me ha dado esperanzas.

– ¿Yo?... – casi quiso reírse, pero se contuvo al ver los ojos iracundos del hombre.

– Sí..., usted...

La tomó por los hombros y la besó en los labios en medio de un forcejeo que a ella le pareció ridículo y ofensivo para los dos. Cuando se libró de él lo miró despectiva.

– Ahora lléveme al hotel.

Claude pareció derrumbarse.

– Perdóneme, Bárbara, no la entiendo... ¿La ofendí?... ¿Qué puedo hacer para desagraviarla?...

Bárbara guardó silencio y empezó a bajar por el caminillo pedregoso por el que habían llegado hasta allí. Apenas si evitaba caer en las sombras sin el apoyo de la mano de Claude. Este la alcanzó para ayudarla a bajar.

– Vamos un rato a casa de Silvie... así olvidará la mala impresión – suplicó.

Bárbara aceptó. La noche era tan hermosa que le pareció injusto ir a encerrarse en su cuarto de hotel, y una vez que había empezado aquello, quería ver hasta dónde iba a llegar. Se desviaron unos pasos y se hallaron frente a la entrada casi escondida de la casa de Silvie. En el vestíbulo y en la terraza había personas elegantes y conocidas que bailaban o bebían en pequeños grupos. Silvie salió a recibirlos. Pronto se hallaron bailando entre las parejas que apenas se movían ocupados en besarse. Phillipe estaba allí, silencioso, mirando lo que ocurría en derredor suyo. Parecía fascinado con Silvie que pasaba junto a él sin mirarlo.

– ¿Le gusta Silvie? – preguntó Bárbara a Claude.

Claude se echó a reír.

— Los tres somos primos. Silvie está comprometida con Bertrand — le dijo señalando a Bertrand, que en ese momento charlaba con un hombre mayor.

Silvie pasó en ese instante frente a ella y la miró casi con reproche, como si supiera que estaba hablando de ella o como si le incomodara el escote exagerado de la extranjera y sus cabellos sueltos. Todas las demás llevaban trajes cortos, pero con las espaldas y los hombros cubiertos. Eran trajes plegados con eso que se llama nido de abeja. Y los cabellos los llevaban con moños enormes recogidos sobre la cabeza. Además no llevaban sandalias, sino zapatos de suelas gruesas de tres y cuatro centímetros.

Bárbara se sintió vestida y peinada diferente y pensó que eso le daba un aire sospechoso entre aquellos burgueses que comían, bebían y bailaban con moderación. Tal vez debido a ello, Claude había armado la escena teatral de hacía unos minutos.

— ¿Por qué no viene Phillipe a saludarme? — preguntó.

Claude se mordió los labios, luego la miró de frente.

— Por lo de los alemanes. Usted no lo comprende, es extranjera, pero para nosotros la ocupación es inolvidable — dijo orgulloso.

— Pero no tiene nada que ver. Eso ya pasó y no se debe tratar a los prisioneros de guerra como delincuentes — dijo Bárbara.

Claude la miró asombrado, luego se acercó a ella y le dijo en voz muy baja.

— Espero que no tenga usted un lío con alguno de esos individuos.

Bárbara quiso irse en esos momentos a su hotel, pero no pudo hacer nada. Estaba muy lejos y no podía disgustarse con Claude, pues era el único que todavía era amable con ella.

— Sí, Claude, estoy enamorada de uno de ellos — dijo desafiante

Claude no la tomó en serio. Se echó a reír y la sacó a bailar.

— Es usted una sentimental — le dijo seguro de sus palabras.

Era curioso que Silvie casi no bailara con Bertrand y era más curioso aún que Phillipe tampoco la invitara a bailar, y no hiciera otra cosa que seguirla con los ojos. Cuando Claude llevó a Bárbara al hotel, Phillipe vino con ellos. Parecía haber perdonado a Bárbara su amistad con los prisioneros, pues no hizo la menor alusión al asunto.

— Phillipe, no deje que Silvie se case con Bertrand — dijo Bárbara risueña.

— ¿Yo? No estoy loco — contestó Phillipe.

Claude se echó a reír y Bárbara no supo a qué se referían. Parecía que los dos tenían un secreto.

Esa noche, casi de madrugada, llamaron a la puerta de su cuarto. Se enderezó en su cama y escuchó aterrada la insistencia del llamado. Prefirió no contestar: estaba segura de que era

Claude. Afuera el viento giraba sobre las colinas y golpeaba las persianas del balcón. Se enderezó en la cama y escuchó a la noche que pasaba gimiendo. Se sintió sola y desamparada. ¿Por qué venía Claude a esas horas de la noche a llamar a su puerta? Pensó que era humillante que eso sucediera y se mordió los labios con ira. Tal vez era mejor que volviera a París, sus vacaciones empezaban a complicarse demasiado. La idea de volver a su casa la paralizó. ¿Volver a la soledad de sus salones? ¿A sus comidas y sus cenas solitarias? ¿Servida por Teodoro que la miraba moviendo la cabeza con pena? Recordó su habitación, su suntuosa chimenea y ella siempre sola en medio de aquel frío de un invierno sin carbón y sin afecto, y escondió la cabeza en las almohadas.

— ¡Bárbara!... ¡Bárbara!... — no era la voz de Claude. Era la voz de una mujer.

Se levantó y abrió la puerta con sigilo y apareció Silvie demudada.

— ¿Qué pasa?

La joven entró con el rostro contraído y se dejó caer sobre su cama.

Bárbara se acercó a ella y la movió por los hombros, pero fue inútil.

Silvie no quiso decir nada. Bárbara esperó largo rato de pie. No entendía qué podía haber sucedido. Miró hacia su hija que sentada sobre la cama, miraba atónita a la recién llegada.

— ¿Qué haces? ¿Por qué no estás en tu casa?... — preguntó, pero no obtuvo respuesta.

La actitud rígida de Silvie empezó a asustarla. Bárbara empezó a llorar desde su cama: también a ella la asustaba la presencia de aquella joven muda y lívida tendida en la cama de su madre. Bárbara quiso volverla boca arriba, y al hacerlo, vio que la joven debajo de la gabardina iba completamente desnuda. La soltó asustada.

— ¡Voy a buscar a sus primos! — le dijo a la niña que seguía llorando.

Salió de prisa por el pasillo. Trató de recordar el número de la habitación de Claude, pero no tenía idea de cuál era. Bajó a la administración y desde allí le llamó. El joven tenía la voz tranquila.

— ¿Silvie?... No le haga caso.

Bárbara no comprendió ni la indiferencia de Claude ni la actitud de Silvie. Volvió a su cuarto desconcertada. Vio con extrañeza a la joven que seguía tendida e inmóvil. Se sentía extraña frente a ella y frente a sus primos. No los entendía. Decidió acostarse con su hija y esperar a que amaneciera. Con la luz del sol lo ocurrido en la noche le pareció aún más extraño. Cuando despertó, Silvie ya se había ido. Desayunó preocupada. Su hija la miraba sin entender tampoco nada y ella no sabía qué explicación darle. Se fueron a la playa sintiéndose más solas que antes. Los únicos que le eran familiares y a los que comprendía era a sus amigos alemanes. Pensó en ellos con gratitud y recordó con ternura la cara polvorienta de Siegfried. Se tendió en la playa sin ganas de encontrar a los otros. Una voz conocida la saludó.

– ¿Qué hizo la loca de Silvie?

Era Claude que familiar se tendió junto a ella y empezó a jugar con sus cabellos lacios. Bárbara se retiró un poco para mirarlo.

– Nada. Llegó a mi habitación y se tendió en la cama sin una palabra. Yo pensé que estaba enferma.

Claude la miró divertido. Después se inclinó sobre ella y le dijo confidencial.

– Entró al cuarto de Phillipe, iba desnuda, y cuando Phillipe quiso hacer el amor se salió y se fue a mi cuarto sin decirme que antes había ido ya varias noches al cuarto de Phillipe. También a mí me hizo lo mismo. La eché y entonces se fue a su cuarto. Estaba dispuesta a hacer una crisis.

Bárbara lo miró incrédula.

– ¿Por qué? ¿Por qué hace eso?

Claude levantó los hombros y se echó a reír.

– Le gusta jugar con los hombres. Se divierte así – dijo tranquilo.

Bárbara se sintió incómoda. No podía creer que el joven que estaba junto a ella tomara con tal tranquilidad a una criatura tan extraña como Silvie. Claude por su parte, no entendió la reprobación de Bárbara por su actitud. Apareció Silvie, pálida y misteriosa, y vino a tenderse junto a ellos. Después llegó Phillipe. Nada era distinto del día anterior. Todos parecían haber olvidado el incidente nocturno que a ella la había asustado. Bárbara los miraba con asombro. Quería irse.

Se alejó con la niña para nadar, pero no pudo evitar volver al pueblo con ellos. Desde su mesa del comedor observó a los dos primos que la miraban como siempre. Le parecieron dos extraños a los que nunca había visto y sin embargo los encontraba por todas partes: en los trenes, en los restaurantes, en los teatros. Perteneían a la inmensa multitud de jóvenes que buscan aventuras fáciles y que rodean a las mujeres solas como presas fáciles y pasajeras. Se levantó y se encerró en su cuarto. El mundo era desagradable. Estaba poblado por extraños voraces que la acechaban en cualquier parte. No se atrevió a ir a buscar a sus amigos alemanes. Temía que su intimidad con ellos les acarrearía alguna contrariedad. Además, Siegfried la preocupaba. Sabía que el amor de aquel jovencito era peligroso y desgarrador. No podría convertirse jamás en nada positivo para ninguno de los dos. En cambio, sí podía afectarlo a él. No quiso decirse que también a ella porque una especie de censura interior se lo impidió. ¿Qué haría? Encerrarse en su cuarto para huir de la peligrosa compañía de los extraños y del afecto de sus amigos, lo cual era un arma de dos filos. Tuvo nostalgia de tener a alguien, de decirle a alguien que estaba desconcertada y que deseaba ver, sobre todas las cosas, a un joven soldado en harapos que la esperaba junto a unas piedras. Pero, ¿a quién podía hacerle una confidencia de tal gravedad? A nadie. Trató de leer y luego decidida cogió el papel y se sentó frente a la

mesita. No sabía a quién iba a escribirle. Se quedó perpleja ante el papel en blanco. Tal vez le escribiría al mismo Siegfried. No. Decidió escribirle a su marido una de aquellas cartas impersonales y de cortesía que se cruzaban entre ellos. Puso la fecha.

— Mamá... ¿no vamos a la playa? — preguntó su hija que jugaba a su lado.

— No, voy a escribir unas cartas.

Bárbara guardó silencio. Sabía que su madre estaba preocupada y que pasarían la tarde encerradas en el cuarto. Se hundió en la lectura de su libro. Luego levantó los ojos y la vio curvada sobre la mesa. No, no saldrían y ella no quería quedarse allí. Quería ir a la playa. También ella estaba desconcertada por la noche anterior. La presencia de Silvie tendida sobre la cama de su madre seguía allí, invadiendo los rincones, asfixiando el aire de la habitación.

— Mamá, ¿no vamos a la playa?

Su madre se volvió violenta.

— Déjame escribir.

Se acercó al balcón y respiró el aire marino de la tarde. En cambio el cuarto estaba caliente y olía a Silvie.

— Quiero ir a la playa.

Su madre se volvió indignada. Luego volvió a su carta y la desgarró. No era la carta que necesitaba escribir. En realidad al único que quería escribirle era a Siegfried. Cruzó los brazos sobre el escritorio y escondió la cabeza. Permaneció así largo rato. Luego se decidió a escribirle al joven. Tal vez no le diera la carta, pero quería decirle que no quería verlo más porque justamente quería verlo todo el tiempo. Después se volvería a París. Pensó cada palabra. Pero todas eran o demasiado directas o demasiado vagas. Volvió a inclinar la cabeza sobre los brazos. Sin embargo, no podía irse sin decirle adiós. Tampoco podía quedarse: la intimidad con Silvie y con Claude le había vuelto irrespirable el hotel. Claude, después de la noche anterior, tomaba prerrogativas inmerecidas y ella no sabía cómo detenerlo. Era muy distinto a ella y ninguna de sus palabras serviría para explicárselo. Tal vez era una debilidad suya, pero se sentía atrapada. Pensó que a esa hora los alemanes estarían esperando su llegada, y sin embargo permanecía allí, inmóvil, sin atreverse a ir, ni a quedarse ni a escribir. Dormitó un rato así, con la cabeza sobre los brazos cruzados. La despertó el silencio de su habitación. Volvió a buscar a su hija, pero la niña no estaba en el cuarto. Salió al pasillo y la llamó. Bárbara no contestó. Alarmada bajó a la administración.

— ¿Han visto a Bárbara? — preguntó asustada.

— Sí... hace más de dos horas que salió. Llevaba su cubeta de arena — le dijo un empleado con la voz llena de vino.

Bárbara salió corriendo. De seguro Bárbara se había ido otra vez con sus amigos. Corriendo tomó el camino que llevaba hasta los prisioneros. Le pareció más largo que la víspera. No sabía por qué, pero tenía casi la seguridad de que esta vez la niña no había ido a buscarlos. El sol de las cuatro de la tarde iluminaba los árboles y las colinas y le golpeaba la frente y los ojos. Los vio desde lejos, inclinados sobre la tierra como formando parte de ella misma. Había un acuerdo entre la naturaleza y sus cuerpos claros y fáciles de movimientos. La sintieron llegar y Christian y Siegfried salieron a su encuentro. Se detuvieron en seco.

—¿No está? —preguntó sin aliento.

—No... no ha venido... —le dijeron asombrados.

Sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Miró a Siegfried sin esperanzas.

—Me distraje... le estaba escribiendo una carta y se fue...

Siegfried trató de calmarla.

—Debe de estar jugando en el pueblo.

Los demás se acercaron a ella. Cambiaron palabras. En pocos instantes organizaron la búsqueda. Se dividirían: unos irían al pueblo, otros a las colinas y Siegfried y ella al hotel y a la playa. ¡La playa! A esas horas no había playa. La marea invadía la arena y llegaba hasta los acantilados. Todos se encontrarían en los acantilados frente a la playa cubierta por la marea. Corrieron ella, Siegfried y Ric hasta el pueblo. Antes que nada debía informarse bien en el hotel. Los muchachos la esperaron cerca de la cárcel. No querían mostrarse demasiado por temor a que los detuvieran y no pudieran ayudarla. El hombre del hotel la vio volver sudorosa y roja por la carrera.

—Le digo que salió de aquí hace más de dos horas —dijo aburrido.

—¿Quién?, ¿la niña? Sí, la vimos irse rumbo al camino de la playa. Llevaba su cubeta de arena —dijo una señora que displicente alargaba la mano para recoger la llave de su cuarto.

Bárbara vio a Claude y Phillipe que tomaban el fresco en la terraza. Se acercó a ellos.

—¿A la niña? No, no la vimos. Por ahí debe de andar. Es muy voluntariosa —dijo Claude con naturalidad.

Bárbara volvió a la plaza y buscó refugio en Siegfried y en Ric que la esperaban ocultos en una esquina.

—Parece que se fue a la playa —dijo con voz blanca.

Sin vacilar rodearon algunas casas y luego hicieron un corte para llegar de prisa a la playa. Desde lo alto de los acantilados vieron que no quedaba playa. Las olas encrespadas llegaban hasta la muralla de piedra y se estrellaban con ira. Bárbara buscó desde lo alto el traje de baño blanco de la niña y sus cabellos rubios, pero no distinguió nada sino el vaivén furioso de las olas. Sus amigos la miraron serios. También ellos escrutaban las olas y las rocas sin éxito.

Caminaron a lo largo de los acantilados buscando desde arriba las huellas de Bárbara inútilmente. A lo lejos vieron sobre los acantilados a los demás alemanes que buscaban también infructuosamente a Bárbara. Se hicieron señales.

—Hay mucha corriente —dijo Christian con voz lúgubre mirando al mar azul que se debatía a sus pies para convertirse en espuma blanca. Bárbara se sentó en las rocas y se detuvo los cabellos con las manos que el viento le batía. Estaba inerte y confusa. ¿Cómo podía sucederle aquello? Miró sin esperanzas la inmensidad que se extendía a sus pies. Siegfried se puso en cuclillas junto a ella.

—Bárbara está en alguna parte. Yo lo sé —le dijo con autoridad.

Le tendió la mano y la levantó para seguir la búsqueda. Anduvieron por las peñas escarpadas sin éxito. De pronto se oyó la voz de uno de ellos que llamaba desde lejos. La voz llegaba traída por el viento, sonora y con un acento de victoria. Era uno de ellos: Manfred que señalaba hacia un lugar que ellos no distinguían. Se dirigieron hacia allí tropezando y haciendo equilibrios para no caer veinte o treinta metros más abajo. Manfred, con el uniforme batido por el aire, los esperaba sonriendo. Les señaló un punto veinte metros abajo. Allí, en una esquina pequeña formada por las paredes de roca, estaba la figura minúscula de Bárbara tomando el sol boca abajo. Su calzón blanco y su cabello brillaban al sol. Bárbara se sentó a observar a su hija. Los demás hicieron lo mismo. Las olas llegaban a unos cuantos centímetros de la niña y se retiraban rugiendo. De pronto alguna se estiraría un poco más para llevársela. ¿Cómo llegar hasta allí? Había que volver hasta el lugar de la playa y desde allí nadar bordeando las rocas para atraparla. O bien descender la muralla cortada a pico y alcanzarla. Bárbara se decidió por lo primero. Era buena nadadora. Siegfried iría con ella. Mientras, los otros vigilaban desde arriba.

—Es mejor bajar. Las corrientes son muy fuertes. Muchos de los nuestros se ahogaron aquí —recomendó Christian preparándose a descender por el muro de piedra.

Bárbara corrió a lo largo de los acantilados rumbo a la playa. Siegfried y Ric la acompañaron mientras Manfred y Christian se preparaban a descender por aquel abismo. Ric no la dejó tirarse al agua. Siegfried le hizo señales de que la detuviera.

—Aquí esperaremos. Siegfried es buen nadador —le dijo Ric en voz serena.

Miró a Siegfried que le sonreía con sus dientes brillantes. Parecía agradecido de hacer algo por ella. Todo sucedió en unos instantes: lo vio quitarse la guerrera y las botas mientras la miraba con ojos centelleantes. Luego lo vio acercarse a ella, inclinarse, sintió sus labios partidos por el polvo sobre su mejilla y su mano de palma ancha sobre sus cabellos. Después lo vio echarse a las olas. Ric, en cuclillas junto a ella, encendió un cigarrillo de los que la niña les obsequiaba todos los días y lo fumó mirando obstinado hacia el suelo. Su mano descansaba autoritaria sobre su hombro desnudo. Una voluntad más fuerte que la suya la obligaba a

permanecer inmóvil. Siegfried se alejó mar adentro para buscar después el camino hacia el lugar en el que se encontraba la niña.

— Aquí la traeré en unos minutos — le dijo antes de irse al agua.

Pasaron unos minutos graves. Ninguno de los dos se decía una palabra. Christian terminó su cigarrillo y escrutó el mar entrecerrando los párpados de pestañas rubias. Se volvió a mirarla a ella; estaba serio y en sus ojos se reflejaba la ansiedad. Bárbara entendió que tenía miedo por los dos: por Bárbara y por su amigo. El joven inclinó la cabeza.

— Siegfried la ama — dijo en voz baja.

— También yo lo amo — dijo ella con simpleza.

Y esperaron un rato que crecía y se ampliaba como en una bocina se amplía la voz. La joven miró la tarde inútil y su cuerpo inútil también. Nada tenía sentido. Miró la rodilla de Christian muy cerca de la suya, envuelta en la sarga verde de su uniforme, y lo miró a él escrutando la luz y el agua. ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Por qué sucedían cosas tan absurdas como la fuga inútil de su niña y el cautiverio inútil de aquellos jovencitos? Y ella, ¿qué hacía allí sino esperar el final inesperado de aquella situación absurda? Todo sucedía en un abrir y cerrar de ojos: la aparición de su hija en el mundo. Trató de recordar cómo era su vida sin ella y no lo consiguió. Bárbara siempre había crecido a sus costados. Era estúpido pensar que alguna vez no había estado con ella. También siempre había conocido a aquellos chicos. Eran tan viejos en su vida como ella misma. Tuvo la impresión de que siempre había estado con ellos y que siempre estaría junto a sus uniformes verdes. También todo, ella, su hija y sus amigos, desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos, tan súbitamente como habían aparecido en este mundo. Vivían dentro de un minuto deslumbrador y fugaz que los unía desgarradoramente. Todos ellos eran uno mismo y ella y Bárbara formaban parte de ese todo. Lo demás era irreal, por eso la niña había huido de la presencia fantástica e indeseada de Silvie y de Claude. No pertenecía a aquel tiempo extranjero de sus amigos desconocidos del hotel. Un tropel de palabras usadas cayeron sobre su cabeza y le oscurecieron la vista.

“¿La niña?... se fue a la playa...” Sus voces no sonaban dentro de su ámbito, por eso no estaban cerca de ella ni formaban parte de ella misma. “Volveré con ella dentro de unos minutos”, era la voz de Siegfried que la volvía a la realidad de aquel minuto que no terminaba nunca. Miró la colilla de Christian deshecha ya por la humedad de la roca, y se volvió a mirarlo. También el joven vivía el mismo instante que ella. También él vivía el mismo minuto centelleante y sólo era parte de ese todo minúsculo y enorme que los circundaba. Se volvió a mirarla reconociéndola y no trató de sonreír. No necesitaban consolarse. Eran una misma persona. Los sacó de su asombro la voz de Ric. Venía acompañado de Manfred que traía de la mano a la niña. Eran las cinco y media de la tarde. Un poco detrás venían Klaus y Ernest. Se reunieron todos. Sólo faltaba Siegfried. Bárbara estaba sorprendida. Los miró a todos.

— ¿Dónde está Siegfried? — preguntó la niña.

Su madre y sus amigos guardaron silencio. Más tarde salieron todos en su busca. Nadaron en todas direcciones, escrutaron las rocas, y cuando cayó la noche volvieron a la cárcel. Bárbara y su hija los acompañaron hasta allí. Debían atestiguar que su fuga era irremediable. Sobre la mesa, Bárbara encontró la carta en la que debía explicarle al joven por qué no debían verse más.

En el tren alguien le preguntó a la niña:

— ¿Por qué está tan triste tu hermana?

Bárbara sabía que no sólo su madre estaba triste, también ella buscaba el uniforme verde en el reflejo de la ventanilla y lo buscaría más tarde en las playas, en las calles, en las ventanas de su casa. Había perdido a su primer amor.